





Angel al acostarse; diablito
de día cuando están a su al-
cance los Bizcochos Canale.

El alimento ideal para los niños. El complemento indis-
pensable del "Five o'clock tea".

UNA ENORME ARAÑA CAZANDO A UN PÁJARO



«Aquila non capit muscas», dice el proverbio latino, significando con esto que los seres superiores no pierden su tiempo en cosas de poco valor, despreciables. La «migala avicularia», arañón desmesurado para la clase de los arácnidos y de cuyas dimensiones da idea la fotografía que reproducimos, tampoco caza moscas. Falta así a la ley que la naturaleza previsora impuso a las arañas. La migala avicularia cree que el bufach tiene suficiente poder para librarnos de los peligros de la asquerosa mosca, y se dedica a más nobles empresas.

El nombre migala está perfectamente formado por dos palabras griegas: «mus», que significa ratón, y «gale», sinónimo de comadreja. ¿Quieren decir ambos que la migala se parece al mismo tiempo a esos dos animalitos, o expresa que ellos son sus presas predilectas? Tal vez, la finura y el color de su pelo sean el origen del nombre.

La que representa en nuestro país esa especie de arácnidos gigantes es la «araña pollito», que el lector habrá admirado en los bosques chaqueños o en las vidrieras de los comercios donde se venden productos paraguayos. Esa araña pollito, de la que se refieren espantosas hazañas, es un pigmeo al lado de la migala avicularia, que vive y opera

en el norte de Africa y en toda la Guyana francesa.

Conocida vulgarmente por el nombre de araña-cangrejo, la migala avicularia es bastante tímida, aunque la leyenda asegura otra cosa. Toda su crueldad la tiene reservada para los insectos de gran tamaño, las sabandijas y los pajaritos. Huye del hombre como del cólera, circunstancia que los misántropos aprovecharán en contra del «vil seme de Adamo», como nos llamaba Dante, gran autoridad en la materia. Construye sus habitaciones en los parajes más escondidos de la selva y sale de cacería por la noche.

Es una araña casi negruzca, cubierta de un plumón suave y sedoso; su tamaño varía entre seis y treinta y dos centímetros, a que alcanza la que reproduce nuestro fotograbado, ejemplar que se conserva en París, como el más extraordinario visto hasta ahora. Tiene patas robustas y esgrime un doble garfio a manera de pico, con el que asesina a sus presas, sorbiéndoles la sangre. No es cazadora de red; pone alrededor de su nido unos hilos tan fuertes que sirven de trampa para cazar insectos, pequeños reptiles y pájaros.

El hogar de la migala es un cascarón sedoso, blanco y semitransparente, de forma oblonga; lo construye entre la corteza de los árboles, bajo los

montones de piedras y algunas veces en los rincones más oscuros y apartados de las casas. Mientras es de día, el arañón se queda en su «home», inmóvil, mirando fijamente a la abertura que le sirve de puerta. En cuanto el sol traspone, la migala sale y se dedica a recorrer velozmente las cercanías de su casa, trepando a los árboles para sorprender a los pájaros en el nido. A veces cae sobre sus víctimas deslizándose por unos de los hilos que fabrican.

Respecto al peligro que su venenosa mordedura tiene para la especie humana, hay varias opiniones. Unos dicen que es mortal; otros afirman que sólo produce veinticuatro horas de fiebre, acompañada de delirio durante los grandes calores. Esto por lo que se refiere a las migalas de pequeño tamaño; las de 320 milímetros algún mayor deben producir.

Por lo menos puede asegurarse que el vulgo no anda descaminado al mirar con saludable horror a la migala avicularia y perseguirla despiadadamente.

Porque se trata de una araña que, si se hubiera presentado en la celda de Claudio Frollo le habría hecho cambiar la palabra «anenké» por un «sálvese quien pueda».

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTOMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. «STOMALIX» Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. «STOMALIX» debe ser su compañero en la mesa.

Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66, Buenos Aires.



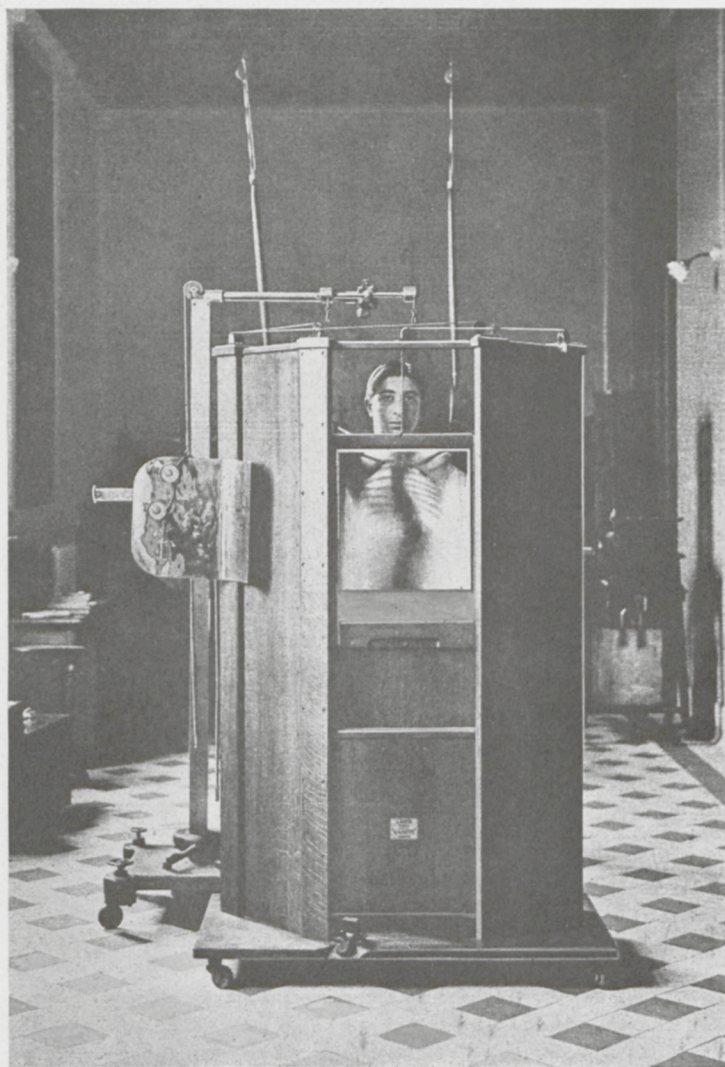


Una sugestión a la cual usted no resiste, es la que le produce la olorosa fragancia del **Oporto DOM LUIZ** y su encantadora espontaneidad, de fino sabor, que induce a probarlo y a saborearlo nuevamente.

Conviene se fije bien en la botella del grabado adjunto y pida claramente **Oporto DOM LUIZ**.



LOS RAYOS X



EXAMEN DE UN ENFERMO

Escribir algo acerca del admirable invento de Roentgen, en una breve nota y al pie de un fotograbado característico, resultaría poco, tanto para los lectores sabios como para los deseosos de saber. Trátase de una materia científica que incesantemente evoluciona, necesitando volúmenes y volúmenes para dar cuenta de tales progresos.

Más útil será referirse a un tema importante: el de los peligros que acarrea el manejo de los rayos X. A propósito de esto, referiremos lo sucedido al sabio doctor Ménard, encargado hace pocos años del laboratorio radiológico del hospital Cochin, de París.

Este joven facultativo, creador, en 1909, de la instalación de dicho laboratorio, había presentado el 10 de noviembre de 1913 una nota ante la Academia de Ciencias. En este escrito, que es un verdadero modelo en su género, se proponía «un medio seguro para evitar las quemaduras producidas por los rayos Roentgen».

Tomada en consideración la nota, se empezó a aplicar el remedio inventado por Ménard. Un triunfo incontrastable obtuvo el ilustre director. Sobre 8.500 aplicaciones de los rayos X, hechas durante 1913, sólo hubo que lamentar un accidente, y la víctima fué... el propio doctor Ménard.

Por las circunstancias en que se produjo la quemadura, se vió claramente que no implicaba un fracaso del método recomendado por el sabio. Pero este accidente viene a ser una ironía del destino, una confirmación del dicho vulgar de «en casa del herrero, cuchillo de palo».

La quemadura dañó un dedo de la mano derecha y fué tan grave que se hizo necesario amputarlo. Al poco tiempo, el doctor Ménard, completamente restablecido, volvió a emprender sus útiles tareas, como si no hubiese sucedido nada.

Este sacrificio que el sabio ha hecho en aras de la ciencia, debe agregarse a la larga lista de los ya realizados por casi todos los que colaboraron en el perfeccionamiento de tan importante invento. Porque las observaciones realizadas por medio de los rayos X han ocasionado numerosos casos de ceguera. Ver a través de los cuerpos opacos significa muchas veces quedarse sin vista.

Así lo quiere el progreso, que como guerra incesante contra el dolor y la ignorancia humanas, va marcando su paso con huellas sangrientas.



PABST



El tónico que nunca reconoció rivales para dar fuerza al débil, al anciano, al convaleciente y a la madre que cría. Contiene hipofosfitos de cal y pirofosfato de hierro.

En farmacias y almacenes.

Harrods impone los dictados de la moda y es árbitro de todas las elegancias. Este indiscutible privilegio le ha sido acordado por el consenso unánime de las damas que

saben apreciar las ventajas de calidad, riqueza y precio que brinda

Harrods



N.º 5616.
Elegante VESTIDO de tul celeste, rosa o lila, con bieses de seda o cinta, botoncitos y flores rococó, \$ 75.—

CAPELINA de crin negra, bajo de ala en color negro, rosa, celeste, lila, adornado con cinta de fantasía... \$ 30.—

N.º 5618.
VESTIDO muy chic en Linetta de hilo, colores rosa, celeste, o lila, con cintas de seda, flores y vainillas a \$ 75.—

SOMBRERO de paja o seda, adornado de cinta de terciopelo \$ 25.—

N.º 5617.
VESTIDO de linón blanco con cintas de terciopelo negro, azul o marrón, con fruncidos y vainillas, muy nuevo, a \$ 65.—

SOMBRERO de última moda, en paja tagal, adornado de cocardas de cinta \$ 25.—

N.º 5619.
VESTIDO de Twill foulard seda, fondo azul marino con lunares, rayas, cuadros u otros estampados blancos, cuerpo de gasa azul marino con bordados de seda y metal, a \$ 120.—

SOMBRERO de crêpe en negro y colores, bandeau de flores de gran moda, a \$ 35.—

FLORIDA, 877 *Harrods* PARAGUAY, 554

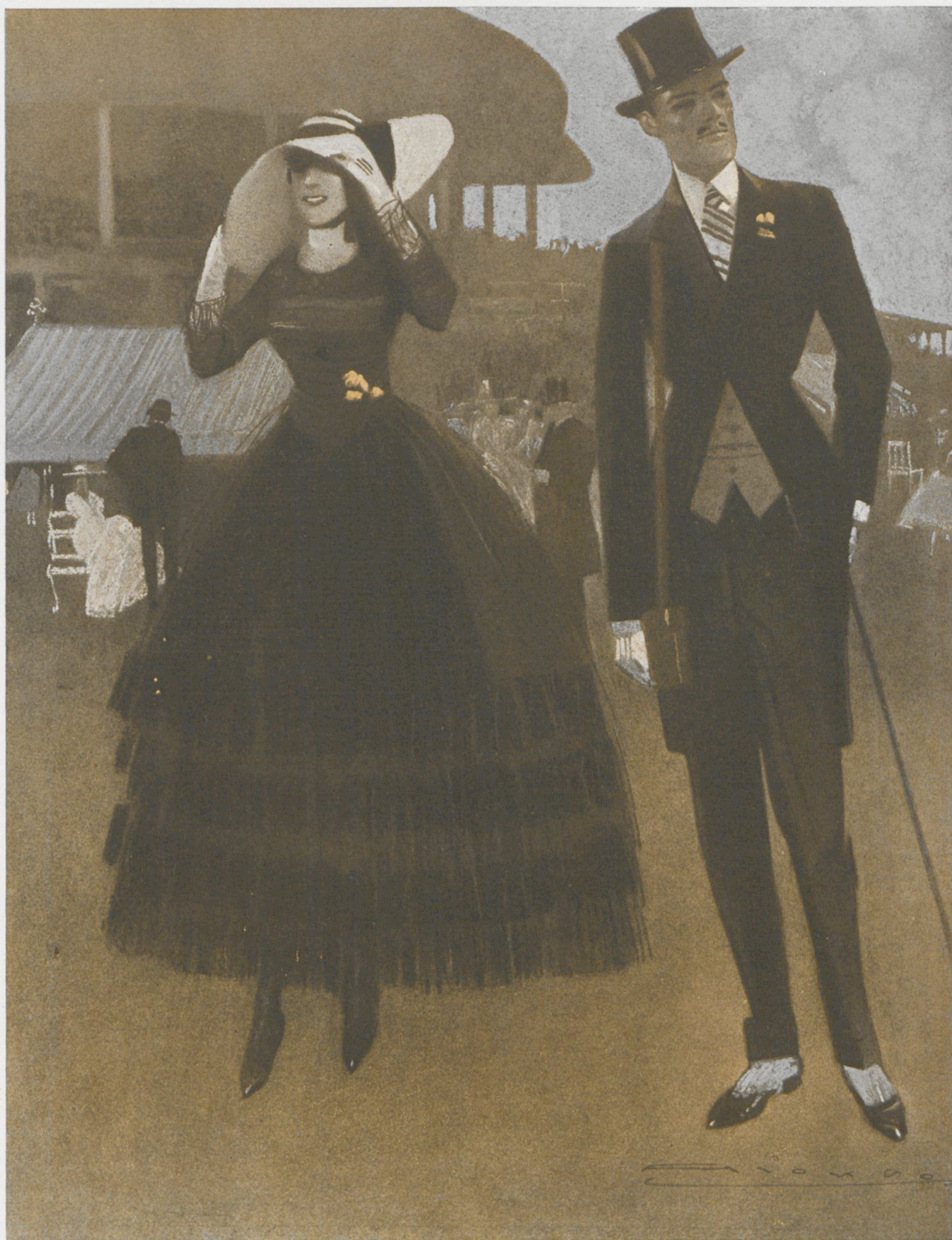


Plus Ultra



AÑO I.

NÚM. 7.



EN LAS CARRERAS

UN BUEN SPORT

PASTEL DE ALONSO.

Narraciones coloniales: EL INCA ANDALUZ



HUNCA retozona pluma de festivo ingenio bordó, en picaresca novela, más movida vida y mayor máquina de embustes y patrañas que la de Chamijo o Bohórquez, conocido en las crónicas como el falso Inca. ¡Mal año para Alfarache, Gil Blas, Pablillos, el de Tormes y demás taifa de simpáticos pícaros y bellacos que creara regocijante fantasía! Tamañitos los dejó la realidad de Pedro Chamijo.

Nacido en Sevilla y en el barrio de Triana, que es ser dos veces andaluz, corrió su niñez por calles y plazuelas y en la escuela de las Barbacanas hizo aprendizaje de picardía. En la edad moceril dióse a la vida holgona y libre de la hampa, graduándose de maestro del embuste en las Vistillas de Toledo y de doctor de trapacerías en las Almadrabas de Zahara. Trujéronle sus bellaquerías a ser avizorado por alcaldes y alguaciles, por lo que resolvió mudar tierras y entre el matalotaje de un galeón pasó a las Indias, «refugio y amparo de desesperados, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, añagaza de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio de pocos», según Cervantes.

Era muy mozo al arribar a tierras del Perú, donde luengos años hizo vida andariega, aprendiendo lengua, usos y tradiciones de los indios, bagaje que tanto aprovechó luego en sus patrañas. No olvidando sus mañas, descarado y parlachín, con embustes y quimeras, dió cordelejo a incautos, con el cebo de tesoros escondidos y tierras de riqueza fabulosa, dejando a muchos doloridos y pocos contentos. Y no se crea fueran sus víctimas gente tosca, villana y de pocas luces, sino copetuda, entre ellos el Virrey y el Presidente de la Audiencia de la Plata. Parecióle bien cambiar su nombre y trocóle por el linajudo de don Pedro Bohórquez Girón. Al cabo sus truhanerías lleváronle, mal de su grado, a ser huésped en la cárcel de Valdivia, de donde, astuto y travieso, hizo presto evasión; que la fortuna para más sonadas cosas le guardaba.

Fué a guarecerse en los valles del Tucumán, viviendo entre los indígenas. Aquí, con lo aprendido en sus correrías y lo inventado en sus holganzas, vino a pergeñar la más descabellada y peregrina fábula, que de magín andaluz nunca surgiera. Y ello fué declararse hijo del Sol, descendiente de los Incas del Perú. Aunque su ruin pinta, raída vestimenta y magra barjuleta no pregonaran grandezas, como se dice que «bajo un mal sayal hay ál», diéronle oído, que el hombre era de suyo tan charlatán, persuasivo y novelero, tales pláticas hacía y tal acopio de datos exponía, que vinieron al cabo a creerle y escucharle como oráculo. Cundió en breve entre las tribus la nueva de la llegada del Inca Huallpa, que tal nombre le dieron.

Enardeció la natural fiereza calchaquí con el miraje del recobro de sus libertades, sacudiendo el yugo cristiano, a cuyo fin era él venido. Tuvo buen acogimiento entre los caciques, cuyo natural recelo y desconfianza supo adormecer y que lo aclamaron como Inca.

Buscó luego granjearse el apoyo de los españoles. Con la añagaza de la propagación de la fe, visitó a los padres jesuitas doctrineros a quienes em-

baucó, consiguiendo su apoyo y cartas para el Gobernador don Alonso de Mercado y Villacorta. Avistóse con éste y atacando su lado flaco, que era la codicia, lo deslumbró con el embeleo de minas que explotar y repletas huacas que saquear. Mucho holgó Mercado con tales nuevas, que ya apañadas pensó tener tantas riquezas, y allanóse a reconocerlo como Inca.

De esta guisa viento en popa marchaba el Inca andaluz. Tuvo lugar su reconocimiento oficial con mucha pompa y mogiganga en Poman en 1657, donde presentóse Bohórquez con tal gravedad y continente que dijérase ser de verdad lo que fingía. Iba muy orondo con tanto perendengue y zarandajas; túnica de lana vicuña muy bordada, vincha de cuero con airón de plumas, collar de amuletos, zarcillos, pulseras y ajorcas de oro, empuñando a guisa de cetro el toqui de palta.

Rodeábanlo los caciques, los curacas y los machis. Hízole merced Mercado de los cargos de Capitán General, Justicia Mayor y Teniente Gobernador ante los calchaquíes, todo horro de lanza y media anata.

En buenas manos quedaba el pandero. Como llama de candil cuya torcida se atiza, brilló entonces Bohórquez, con sus humos de monarca, aunque de ojotas, sin cuidarse de sus promesas a unos y a otros, presto a llamarse andana cuando el caso fuera de aprieto.

A poco andar empezó a bambolear aquel castillo de naipes, levantado por la audacia de uno y la credulidad de muchos. Clamaban los indios por guerra, los jesuitas por sus misiones, y Mercado, hartó del jarabe de pico del andaluz, por los tesoros. Por otra parte, el Virrey Conde de Alta de Liste desaprobó lo obrado por Mercado, ordenando la prisión del Inca. Acuciado por todos, Bohórquez, curtido a tales lances, con mucha enjundia hizo a mal tiempo buena cara y trató con su verba y garatusas de seguir medrando y ganar tiempo. Y conste que tal cosa logró; tal sería de marrajo y trapacero. Mas por fin vióse entre espada y pared, que las burlas se trocaban en veras y la pelleja arriesgaba. En tal aprieto, amagado con el castigo por los españoles, alentó la sublevación de los calchaquíes, poniéndose como Inca a su frente.

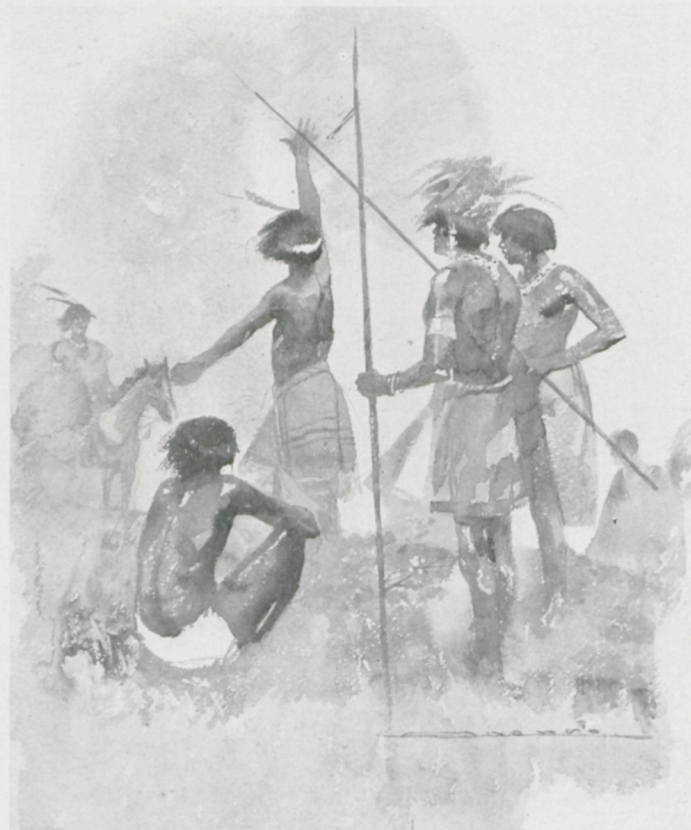
Humos en las alturas llevaron de valle en valle la señal del levantamiento; corrió de tribu en tribu la flecha de guerra, levantáronse empalizadas, reconstruyéronse las derruidas pircas; aprestáronse las aplastadoras galgas. Afiláronse las hachas de piedra y las lanzas de chonta, empapándose las flechas en sangre de guanaco. Ardió la tierra en guerra, que fué larga y porfiada.

La comedia tornábase en drama. Bohórquez, acorralado, peleó como bueno y fué magnánimo y no cruel, perdonando a los que mandó Mercado para asesinarlo y salvando la vida a los padres doctrineros. Mas, al cabo, derrotados los calchaquíes, vino al suelo la máquina de tanto embuste. Bandedó el ánimo de Bohórquez y acoquinado pidió indulto al Virrey, quien se lo acordó obligándolo a dejar el teatro de sus novelescas hazañas y ofreciéndole una fuerte suma de dinero. Exhortó Bohórquez a los indios a volver a la obediencia, cumpliendo lo pactado, pero no cumplieron con él. Preso largo tiempo, achacósele, con razón o sin ella, de volver a las andadas hurdiendo tretas. Por Real cédula de la Reina Gobernadora Doña Mariana de Austria, se ordenó su muerte, siendo ajusticiado en Lima el 3 de enero de 1667. Diez años había durado la farsa que finó en tragedia.

Dice de Bohórquez el P. Lozano: «Fué hombre bullicioso, embustero, hablador, inconstante, sagaz, sin temor ni vergüenza y de eficaz persuasiva»; y otro historiador más moderno agrega: «que fué simple y astuto, tímido y atrevido, sagaz y torpe». Tengo para mí que el hombre no ha sido bien estudiado y que hartas sorpresas reservaría su vida al que la investigase con tesón. Si la suerte no le tornara las espaldas al final, otro gallo le cantara y sabe Dios hasta dónde hubiera arribado.

DIBUJOS DE ALONSO.

B. J. MALLOL.



La

Presidencia

de Gobierno



VISTA EXTERIOR DEL EDIFICIO.

Cuando el doctor Sáenz Peña asumió el mando supremo de la Nación, resolvió instalar sus habitaciones particulares en el Palacio de Gobierno, y fué necesario llevar a otros edificios algunos ministerios, que hoy el Gobierno Radical ha vuelto a trasladar nuevamente a la Casa Rosada, inspirado, al parecer, en altos ideales de economía.

Sean, pues, estas líneas y las fotografías que las ilustran, un recuerdo de la época de esplendor y grandeza porque atravesó la Presidencia de la República durante el gobierno del muy ilustre ciudadano argentino que se llamó Roque Sáenz Peña.

Las primeras transformaciones hechas en la parte de la Casa de Gobierno, destinada a dependencias de la Presidencia y Ministerio del Interior, tuvieron lugar con



OFICINAS DE LA PRESIDENCIA.

DESPACHO DEL PRESIDENTE.

motivo de las fiestas del Centenario de 1910, siendo aún Presidente de la República el doctor don José Figueroa Alcorta.

Renováronse las tapicerías de los antiguos salones instalados en la época de Roca y Quintana, compráronse algunos elementos decorativos y ampliáronse las dependencias de la Presidencia para poder recibir dignamente a los Embajadores de todas partes del mundo, que vinieron a rendir homenaje a la joven República que cumplía su primer siglo de vida independiente.

Hasta esa fecha, y desde antes del año 90, no constituían los salones de la Casa Rosada, dentro de una severa sencillez, sino los despachos del Ministerio del Interior, conceptuados por aquel entonces como los más elegantes. Toda la suntuo-



GRAN VESTÍBULO.



JARDÍN DE INVIERNO.



SALÓN DE LA FIRMA.

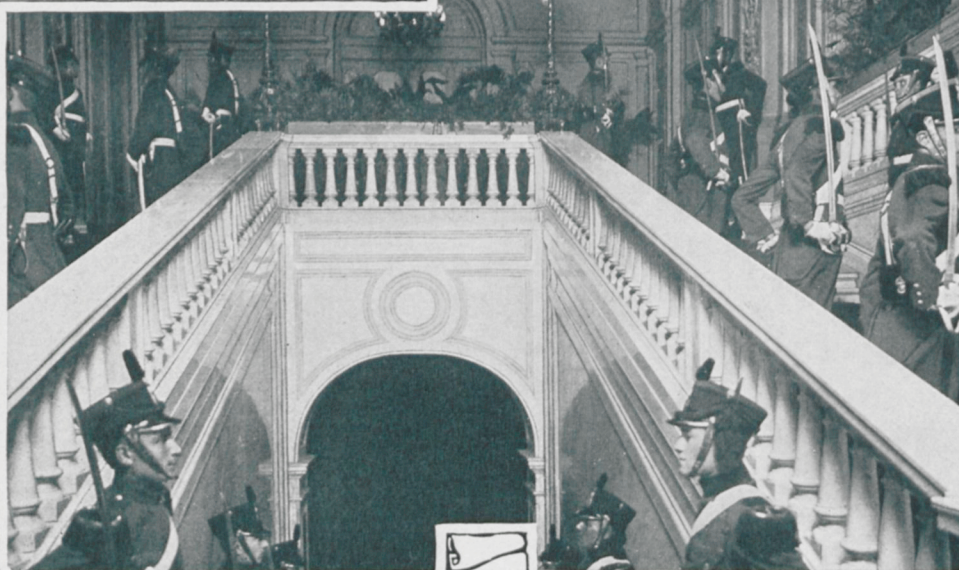
sidad de la Casa Rosada, se reducía luego al llamado Gran Salón Blanco, con el agregado de su galería superior, desde la que los espectadores que no actúan entre el elemento oficial, pueden presenciar las recepciones y otras ceremonias de solemnidad protocolar.

El Gran Salón Blanco tiene a ambos lados dos salones, uno destinado a los acuerdos de Ministros y el otro para ofrecer mayor capacidad a la concurrencia que acude en los días de grandes recepciones.

Rodea el Gran Salón Blanco, como queda dicho, una galería alta. Las paredes y columnas del vasto recinto, están decoradas en blanco con molduras doradas. Sobre ese fondo claro se destaca el color rosa de la tapicería. En un extremo del salón está colocada la gran chimenea que remata en su parte superior un gran escudo Nacional, irradiando en el centro un sol de grandes dimensiones, desprendiéndose en su frente un busto en mármol blanco, de la República.

En el extremo opuesto se halla

ESCALERA DE HONOR.



instalado sobre artística columna de mármol de San Luis, un busto del Libertador José de San Martín.

Merece mencionarse por su valor artístico el enorme jarrón de Sevres, de incalculable mérito, obsequiado en 1905 por el Presidente de la República Francesa a la República Argentina.

Anexo por la izquierda al Salón Blanco, se encuentra el salón llamado de los bustos, donde generalmente se realizan los acuerdos. Su decoración hace juego con la del salón central, destacándose, a su alrededor, los bustos de mármol blanco de todos los Presidentes que se han sucedido en el ejercicio del mando en el país. Ocupa el centro del salón la amplia mesa de acuerdos, con las confortables butacas correspondientes a cada secretario de Estado, y el sitio reservado al Jefe del Poder Ejecutivo.

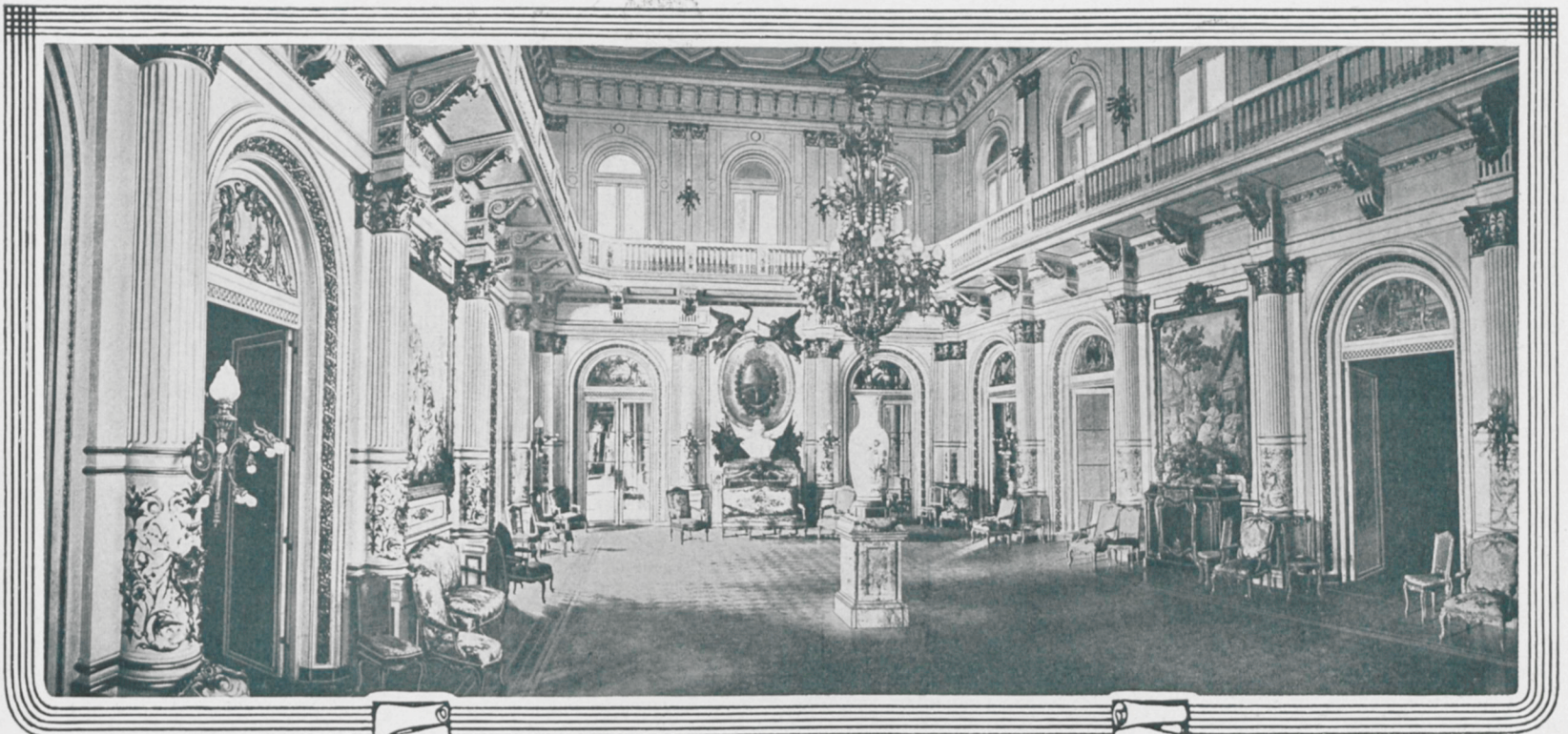
En este salón se ha celebrado últimamente el primer acuerdo de gabinete del Gobierno de don Hipólito Irigoyen.

En octubre de 1910 subió al poder el doctor Sáenz Peña, y, como ya hemos dicho, instaló sus habitaciones particulares en la Casa Rosada, habilitando al efecto todo el ángulo del edificio que hace esquina a Rivadavia y Paseo de Julio.

Con tal objeto se alhajaron ricamente nuevos salones, el gran comedor; el escritorio privado del Presidente; tres elegantes salitas de recibo, y el jardín



GRAN COMEDOR.



EL SALÓN BLANCO DE RECEPCIONES.

de invierno, sin contar los dormitorios y dependencias privadas que quedaron desalojadas después del fallecimiento del doctor Sáenz Peña. Toda esta parte de salones sigue a continuación del Gran Salón Blanco.

Preceden al suntuoso comedor tres elegantes salitas de recibo, para las que fueron adquiridos ricos moblajes de Aubusson, Imperio y Luis XIV.

El salón comedor, decorado con alarde de verdadero buen gusto, ha sido siempre objeto de generales elogios. Su disposición adolece de algunas deficiencias, debidas a condiciones de ubicación, insalvables, por estar muy distante de las dependencias de cocinas y antecocinas.

Llama la atención en el comedor la hermosa chimenea de colosales proporciones, el admirable tallado de roble que reviste paredes y cielo raso, y la magnífica araña central, toda ella de cristal baccarat.

En este comedor fueron servidos, desde la presidencia del doctor Sáenz Peña, todos los banquetes y lunches de protocolo, y en él ofreció una copa de champagne don Hipólito Irigoyen a las Embajadas extranjeras que asistieron a la ceremonia de la transmisión del mando.

Este regio comedor se abre sobre la amplia galería o jardín de invierno que extiende por un lado toda su armazón de cristales sobre los jardines del Paseo Colón.

En las grandes fiestas la dirección general de paseos públicos transformó siempre este jardín de invierno en un fantástico invernáculo, reuniendo

en él, con artística distribución, las más valiosas colecciones de plantas y flores.

La sociedad porteña recordará siempre el magnífico golpe de vista que ofrecían el comedor y el invernáculo de la Casa Rosada, la noche del gran baile dado por el doctor Sáenz Peña al iniciar su gobierno, verdadera fiesta de corte a la que asistió todo lo más selecto de nuestro mundo social e intelectual, y en la que la señora doña Rosa González de Sáenz Peña dejó en todos los invitados, un recuerdo imperecedero de encantadora amabilidad y sencillez.

A la derecha del jardín de invierno siguen algunas dependencias sin mayor importancia ya, pues éstas estaban alhajadas con muebles de pertenencia particular del Presidente Sáenz Peña.

Sin embargo merece señalarse aún el despacho donde actualmente había instalado su cuarto de trabajo el doctor don Victorino de la Plaza. Este escritorio, sobrio en su decoración, tiene como único ornamento de sus paredes tres grandes retratos al óleo, de Rivadavia, Urquiza y Sarmiento.

Dos pequeños saloncitos más y una galería que da a los patios interiores de la Casa Rosada, completan las dependencias de esta sección especial del Palacio.

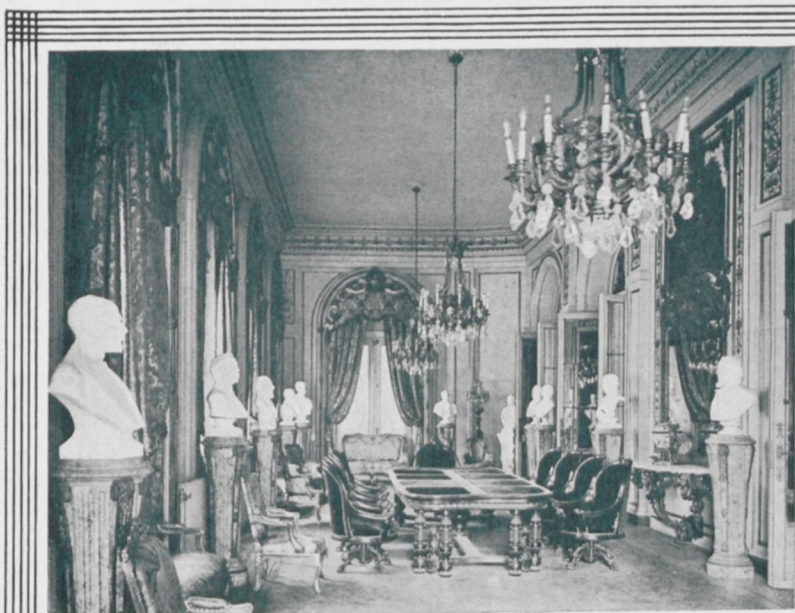
Uno de dichos saloncitos elegantemente amueblado, lo tenía reservado para su uso particular el doctor Sáenz Peña; hoy ha quedado habilitado para el personal de secretaría de la Presidencia.



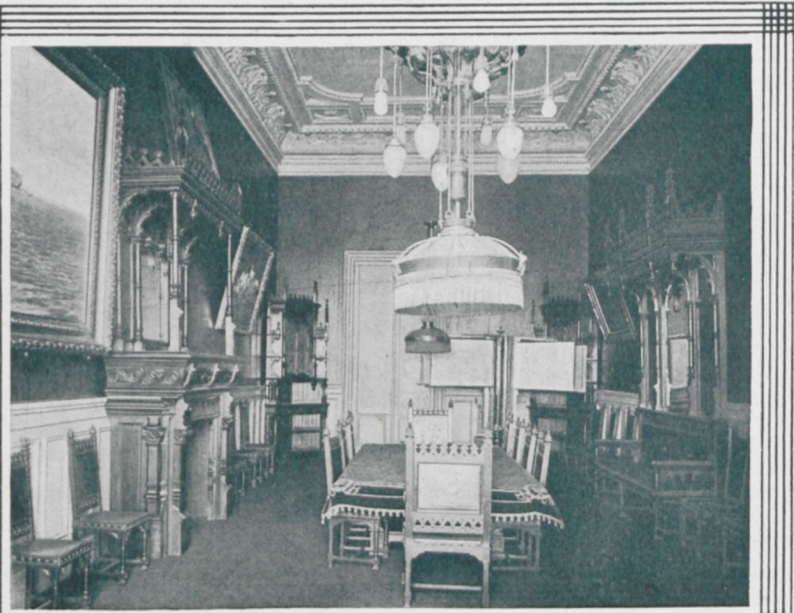
VITRINA DONDE SE GUARDAN LAS BANDAS DE LOS PRESIDENTES.

FOTOGRAFÍAS WITCOMB.

EMILIO DUPUY DE LÔME.



SALÓN DE LOS BUSTOS.



SALÓN DE ACUERDOS DE MINISTROS.

Los Dioses del Olimpo y la Guerra Europea Crónica Fantástica

Después de un viaje penosísimo, en el que he tenido que vencer dificultades enormes, llego por fin a las últimas estribaciones del monte Olimpo; el camino es áspero y me veo obligado a descansar breves momentos, que aprovecho para escribir estas notas. Desde aquí diviso ya la imponente silueta del palacio de los dioses. El tiempo es espléndido, el panorama que desde esta altura se descubre, indescriptible. Me faltan palabras, me faltan colores, me falta imaginación para describir tanta belleza. Reanudo la marcha. Un esfuerzo más y alcanzo al fin la deseada cumbre del monte, término de mi fatigoso viaje.

El Olimpo está misteriosamente cerrado. Nada se ve, nada se oye. ¿Qué habrá detrás de sus muros impenetrables? Llamo, transcurren algunos minutos, se oye el correr de sólidos cerrojos y la puerta se abre. Entro.

Las doce Horas, encargadas, como es sabido, de guardar la entrada del Olimpo, cubiertas de brillantes armaduras y empuñando sendas lanzas, avanzan hasta la puerta para impedirme el paso. Una de ellas, bastante agraciada por cierto, destacándose de las filas, se acerca a mí y me interroga. Contesto satisfactoriamente al interrogatorio. Cumplido este trámite, la Hora me indica con un gesto que puedo pasar. La pregunto que Hora es. Sonríe, pero no me contesta. Yo también sonrío y paso.

Dentro ya del Olimpo, es mi primer cuidado buscar la oficina telegráfica. Lo más importante para un corresponsal, es saber por donde podía enviar los despachos y por donde podía recibir los fondos.

Veo allí cerca un edificio del que salen millares de hilos, y no dudando de que en él está lo que busco, entro sin vacilar. Pero no es el telégrafo; las que están allí son las Parcas y los que supuse hilos telegráficos, no son otra cosa que los hilos de las vidas de todos los mortales.

Las Parcas, que están atareadísimas cortando hilos, lo que me hace suponer que alguna terrible ofensiva se está desarrollando en Europa; me acogen afablemente al saber quien soy.

Pregunto por el telégrafo y me dicen que no hay, pero que, en obsequio mío, transmitirán por medio de sus hilos, todo lo que me convenga.

Les doy las gracias y les regalo, de los que me han sobrado del viaje, un par de chocolatinas a cada una. Las pobres me lo agradecen.

Tranquilo ya respecto al importante asunto de los despachos y de los fondos, entro resueltamente en el celestial recinto.

El Olimpo es bellísimo. Sólo la pluma de Homero o de Almafuerte podrían describirlo.

Amplias avenidas sombreadas por frondosos árboles, soberbios macizos de flores, sorprendentes cascadas, extensísimos rosales con tantas variedades de rosas, casi, como el de Palermo; maravillosas estatuas de mármol pentélico, debidas al cincel de Fidias, Mirón u otros artistas no menos notables y emergiendo aquí y allá y distribuidos con imponderable acierto y excelente sentido artístico, riquísimos y monumentales edificios del más puro estilo griego. Anoto la curiosa observación de que ninguna de las fachadas de los edificios vistos hasta ahora recuerdan, ni remotamente, la de la Catedral.

Hay extraordinaria animación. Las calles, las plazas, las avenidas, todo se encuentra invadido por una multitud enorme que se aprieta, se estruja y se agita en constante movimiento. Se hace imposible el tránsito.

Cansado de bregar inútilmente sin lograr abrirme paso, resuelvo entrar en un bar. Encuentro, por fortuna, uno, en el que hay una mesa desocupada y me siento. Acude solícito un escanciador y pido medio litro de néctar que me sirve con gran prontitud en artístico vaso de calcedonia. El tan ponderado néctar de los dioses no es gran cosa, es una especie de vino de Mendoza con mucha espuma. Me cuesta un dracma cincuenta. Lo encuentro caro. Me dice el escanciador que antes era más barato pero que con motivo de la guerra se ha encarecido. Parece que alguno de los ingredientes que entran en su elaboración sólo se produce en Alemania.

A poco de estar sentado, se oye afinar instrumentos. Se prepara concierto. Pregunto si hay «marimba», me dicen que no, que lo que hay es un quinteto de sirenas que tocan la ocarina. Me felicito de tener ocasión de oír a tan reputadas artistas y me dispongo a escuchar. Se inicia el concierto. Toca el garrotín de «La Corte de Faraón». Escucho embelesado aquella brillante página



musical, llevando el compás con la cucharilla.

En esto, un señor de venerable aspecto, que ha estado buscando inútilmente una mesa desocupada, me pide permiso para sentarse a la mía. Se lo doy cortesmente y se sienta.

Es un hombre de edad ya madura, rostro simpático, de mirada intensa, penetrante; en su cara se dibuja, casi imperceptible, una sonrisita entre plácida y burlona. Su aspecto es el de un filósofo griego.

Para entrar en conversación con tan interesante sujeto, le ofrezco galantemente un cigarrillo, que me rechaza con elegante y aristocrático ademán.

— ¿Es usted extranjero? — me pregunta.

— Sí, señor. Americano.

— Estanciero, ¿quizás?

— No, señor. Periodista.

— ¡Ah! También yo, — me dice, — fui en mis tiempos algo periodista, hace la friolera de diez y ocho siglos. Tal vez haya usted leído algo mío. Soy Luciano.

¡Luciano! Me levanto, me descubro y saludo con profundo respeto al gran satírico griego.

Luciano me estrecha la mano, diciendo:

— ¡Vaya, vaya! ¿conque periodista? Entonces no hay qué preguntar el objeto de su viaje. Viene usted a hacer información.

— Efectivamente. A eso vengo.

— Pues llega usted con gran oportunidad. Precisamente en estos momentos están los dioses reunidos en asamblea. Dentro de muy poco sabremos si el Olimpo toma o no parte en la guerra.

— ¿Conque se trata, nada menos, que de tomar parte en la guerra? Eso es interesantísimo. ¿Y en favor de quién?

— Eso, amigo mío, es muy difícil predecirlo, porque la opinión está muy dividida.

— Pero, ¿y los dioses?

— Los dioses están más divididos que la opinión.

— ¿Es posible?

— No debe extrañarle a usted, porque lo mismo ocurrió en la otra guerra en que tomamos parte.

— ¿Qué guerra?

— La de Troya. En aquella memorable guerra, mientras unos dioses se pusieron de parte de los griegos, otros combatieron al lado de los troyanos. Lo mismo sucederá probablemente ahora, si Júpiter no logra imponerse.

— Entonces hay guerra para rato.

— Cuando se recibió aquí la noticia de que el suelo sagrado de nuestra querida Grecia había sido profanado por las hordas que luchan en Europa, la indignación fué general, el pensamiento uno, salvar a Grecia, pero empezaron los conciliábulos, se multiplicaron las intrigas y no tardaron en di-

bujarse dos tendencias: la de los que quieren unirse a los aliados para batir a los teutones y la de los que quieren unirse a los teutones para arrojar a los aliados de la antigua Tesalónica.

— ¿Y qué bando cree usted que ganará la partida?

— ¡Qué sé yo! Las fuerzas están muy equilibradas. Vea usted sino. Venus es decidida partidaria de los aliados; sus frecuentes viajes a París, en donde pasa largas temporadas, la han afrancesado mucho. Es natural. Venus es vanidosa, alegre, en París se ve admirada, cortejada, encuentra allí fácil campo a sus aventuras amorosas. ¿Qué quiere usted que sea? Juno es todo lo contrario de Venus, prudente, juiciosa, de costumbres austeras, de una fidelidad conyugal irreprochable, poco aficionada a lucir su belleza, nada escasa por cierto, una diosa, en fin, muy mujer de su casa; esa es germanófila. Neptuno es dudoso, aunque creo que no han de serle muy gratos los ingleses por haberle arrebatado el dominio de los mares. Apolo es aliado y un entusiasta del *esprit* francés. Marte, germanófilo rabioso. Vulcano... con Vulcano ha pasado una cosa muy curiosa, ha desaparecido del Olimpo. Su fragua está cerrada.

— Es inexplicable.

— No tanto. Vulcano vivía muy disgustado en el Olimpo; las liviandades de su mujer, Venus, le ponían constantemente en evidencia.

— ¿Y no se sabe dónde está?

— Se sospecha que está en los Estados Unidos, trabajando en una fábrica de cañones.

— ¿Y Mercurio?

— Ese está con todos, con todos los que pueden proporcionarle alguna ganancia, por supuesto. Diciéndose partidario de la paz, es muy capaz, no ya de no oponerse a la guerra, sino de provocarla si ello le proporciona algún negocio. Mercurio es el más despreciable de todos los dioses.

— ¿Y Júpiter?

— La actitud de Júpiter es un misterio para todos. Desde que se iniciaron los sucesos de Grecia permanece impenetrable. Temiendo, sin duda, las influencias de los dioses, y sobre todo, de las diosas, porque Júpiter siempre ha sido débil con las mujeres, se ha encerrado en su palacio y no se deja ver de nadie, ni aun Venus ha conseguido llegar a él, a pesar de haberlo intentado con empeño; pero, ¿qué más? hasta se dice que ha hecho tapiar la puerta que comunica con las habitaciones de Juno, su mujer, para evitar su influencia.

En esto un clamor inmenso, ensordecedor, interrumpe nuestra conversación. Verdaderas avalanchas de gente atraviesan la calle vociferando. ¡La guerra! ¡La guerra! se oye por todas partes.

Al mismo tiempo el espacio se ve cruzado en todas direcciones, por centenares de rayos. Los truenos se suceden unos a otros sin interrupción.

El espectáculo es aterrador. Luciano se pone densamente pálido.

— Hacia muchos siglos, — dice, — que no había visto tan colérico a Júpiter. Alguna determinación muy grave ha tomado. Salgamos a ver.

Salimos; la gente sigue corriendo y gritando:

— ¡La guerra! ¡La guerra!

— La guerra, sí, pero ¿contra quién? — pregunta Luciano a los que pasan.

— Contra todos, — le contesta uno, sin dejar de correr. — Júpiter ha declarado la guerra a Europa.

Luciano sonríe satisfecho.

— ¡Por los dioses! Júpiter ha cumplido con su deber.

Felicito a Luciano, a quien parece que la gallarda actitud de Júpiter ha colmado de alegría y corro a telegrafiar la colosal noticia, pero a la mitad del camino me encuentro a la Hora, mi Hora, que me detiene por un brazo.

— ¿A dónde va usted?

— Después hablaremos. Ahora tengo mucha prisa. Voy a telegrafiar.

— A donde va usted a ir ahora mismo es a la calle.

— ¿Cómo?

— ¿No es usted extranjero? Pues, hay orden de expulsar a todos los extranjeros antes de la puesta del sol.

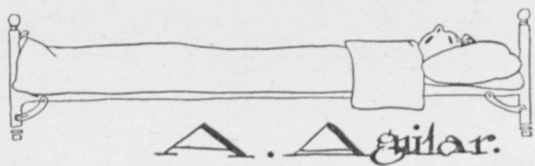
— Pero...

— No hay pero que valga.

Cinco minutos después me encuentro en medio del monte, expulsado del Olimpo y con diez óbolos en el bolsillo por todo caudal.

Desperté, me vestí y me fui a mis quehaceres.

DIBUJO DE SIRIO.





DE LA COLECCIÓN DEL «CLUB ESPAÑOL»

LAS DOS POTENCIAS

FRAGMENTO DE UNA ACUARELA DE VILLEGAS



Heráldica Argentina

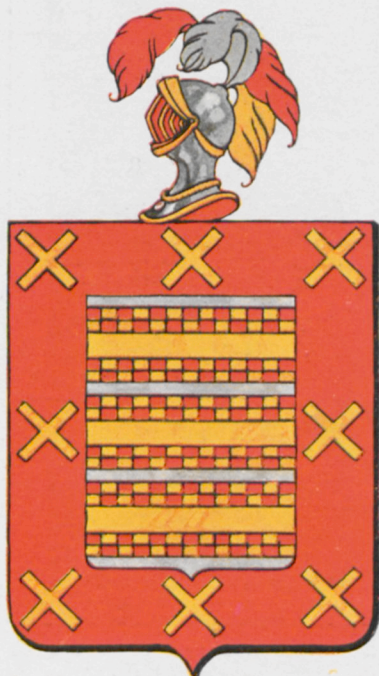
Apellidos Ilustres



GARCÍA-MANSILLA

GARCÍA-MANSILLA. Con este apellido es conocida, en Buenos Aires, una antigua familia de noble abolengo hispano: los García de Sobre-Casa, naturales del lugar de Carranceja y montaña de Santander, donde aun existe la casa solariega y palacio, situado en un paraje próximo a la iglesia parroquial.

Don Esteban García de Sobre-Casa, contrajo matrimonio con doña María Ana García de Bustamante, y tuvieron a don Pedro Andrés García y García de Bustamante, que nació el 23 de abril de 1758; pasando al Virreinato del Río de la Plata a los 16 años de edad. Contrajo enlace con doña Clara Ferreyra de Lima y Frez, teniendo por hijo a don Manuel José María García y Ferreyra, bautizado el 8 de octubre de 1784; se doctoró en Leyes en la Universidad de Charcas; tomó parte en la defensa de Buenos Aires contra los ingleses, y ocupó varios cargos representativos. Casó con doña Manuela de Aguirre y Alonso de Lajarrota, de quienes nació don Manuel Rafael García y Aguirre, el 24 de octubre de 1826; el cual se doctoró en Leyes, dedicándose a la Magistratura; falleció en Austria-Hungría el año 1887, dejando numerosos escritos políticos, jurídicos e históricos. Estuvo casado con doña Eduarda de Mansilla y Ortiz de Rozas, hija del general don Lucio V. de Mansilla y de doña Agustina Ortiz de Rozas y López de Osornio, de quienes descienden



SAAVEDRA

Al iniciar hoy la publicación, en esta página, de los datos genealógicos y origen de los apellidos que ostentan las más antiguas y elevadas familias de la sociedad argentina, es oportuno consignar que estos trabajos, escritos en una forma concreta por razones de espacio, están hechos, principalmente, con el deseo de contribuir a la investigación y confirmación de la verdad histórica.

La mayor gloria para el hombre, es legar a sus hijos el recuerdo de una vida ejemplar; esta herencia vale más que todos los tesoros, porque, siendo aquel, como un espejo donde han de reflejarse mañana los actos de nuestra existencia, hace que las generaciones se preocupen de seguir manteniendo, para honor de la raza y de la familia, los principios gloriosos de la estirpe.

A través de esta página, y entre los entrosques de distintos apellidos, irán sucesivamente desfilando (como en una comitiva de siglos) los nombres egregios de los conquistadores, de los capitanes y virreyes, de los heroicos navegantes, de los mitrados fundadores, de los alféreces reales de la colonia, de los gloriosos próceres de la independencia, y de todos aquellos que, con la fuerza de su talento y la energía de su voluntad, llegaron a ser los precursores, no sólo del progreso actual de la República, sino de todo el continente de América.

los actuales poseedores de este apellido.

Ostentan por armas: quince jaqueles, ocho de plata y siete de azul, y en jefe una garza real de sable con la cabeza vuelta.

SAAVEDRA. Antiguo linaje oriundo de Galicia, de donde procede la Casa-Ducal de Rivas (Ramírez de Saavedra) de Sevilla.

El primero que vino a América fue Martín Suárez de Toledo, hijo del Correo-Mayor de Andalucía, don Hernando Arias de Saavedra. Formó parte de la expedición del Adelantado Alvar-Núñez Cabeza de Vaca, llegando a Teniente de Gobernador, en cuyo carácter dió poder a don Juan de Garay para fundar Santa Fe el año 1573.

Estuvo casado con doña María de Sanabria, hija del Adelantado Juan de Sanabria (que se dice era primo de Hernán Cortés) y de su mujer doña Mencía Calderón.

Dicha doña María de Sanabria era viuda del capitán don Hernando de Trejo y fue madre del Obispo Trejo y Sanabria, fundador de la Universidad de Córdoba del Tucumán.

Suárez de Toledo fue padre de Hernandarias de Saavedra, Gobernador del Río de la Plata, en 1591-1598-1602 1615, el cual casó con doña Jerónima de Contreras, hija legítima de don Juan de Garay, fundador de Santa Fe (1573) y de Buenos Aires (1580), y de su mujer doña Isabel de Becerra y Mendoza, hija del capitán Francisco de Becerra y de doña Isabel de Contreras, los cuales también vinieron en la expedición de Cabeza de Vaca. Doña Isabel de Contreras casó en segundas nupcias con don Juan de Salazar, Caballero de la Orden de Santiago, fundador de la Asunción del Paraguay.

Descendiente directo de Hernandarias fue don Cornelio de Saavedra, coronel de Patricios, Presidente de la Primera Junta en 1810.

Su hijo don Mariano fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Casó con doña Carmen Zavaleta, y sus descendientes se unieron a las familias de Oromí, Lamas, Sáenz-Valiente, Elía, Pueyrredón, López-Lambidet, Sáenz-Peña, Outes, del Campillo, Escalada, Zimmerman, etc.

Ostentan por armas: sobre plata tres fajas, cada una de ellas compuesta de este modo: dos filas de escaques o jaqueles de oro y gules, faja de oro y otras dos filas de jaqueles como los primeros; bordura de gules y ocho aspas de oro.

PUEYRREDÓN. Originarios de Languedoc y Perigord con feudo en Calisac. Su nombre antiguo era Fayalle de Pueyrredón, bajo el cual fue inscrita la familia en el momento de aplicar el Edicto Real del 20 de noviembre de 1696, instituyendo el Armorial General de Francia, según consta en el Registro de Toulouse-Montoulon, folio 369, número 278.

En 1724 les fue concedido el título de Marqués de Fayalle de Pueyrredón.

En 1753, don Juan Martín de Pueyrredón, natural de Isor, cerca de Pau, hijo de don Pedro de Pueyrredón y de doña María de la Broucherie, pasó a España, y en 1763 vino al Río de la Plata, donde se casó el 22

de junio de 1766 con doña Rita Damasía Dogan, hija de don Juan Javier Dogan y de doña Isabel de Soria.

De este matrimonio, entre otros hijos, nació don Juan Martín, de tanta figuración en la historia de su patria, cuyos destinos presidiera en 1816, durante el periodo de su independencia.

Su descendencia directa se extinguió en la persona de su hijo don Polidiano, pintor de bastante personalidad y valía.

Su hermana doña Juana Pueyrredón de Sáenz-Valiente, figura como una de las damas patricias de más relieve. La descendencia de sus hermanos hallase emparentada con las familias de Ituarte, Mac-Nab, Barreto Vivot, Moreno, Aguirre, Sáenz-Valiente, Salterain, Bosch, Castro, Costa, Bernal, etc.

Escudo sobre plata tres leones de gules; por soportes dos gigantes coronados de pámpanos sosteniendo dos banderas; la de la derecha, faja de sable y plata en campo de oro; la de la izquierda, león de plata sobre azul.

Corona de marqués. Por cimera, león de plata sosteniendo rama de sinople; Divisa «Nom ibi sed ubique».

AGUIRRE. Entre los Palacios y Cabos de Armería que existían en Navarra, se cuenta el de Aguirre, en Donamaria, con asiento y llamamiento a Cortes.

Don Francisco Casimiro de Aguirre y Bengoechea, señor del Palacio de Aguirre, bautizado en Donamaria el 15 de marzo de 1723; contrajo matrimonio con doña María Micaela de Micheo y Usteriz, y tuvieron por hijo a don Agustín Casimiro de Aguirre y de Micheo, nacido el 8 de septiembre de 1744; pasó a Buenos Aires, donde fue Teniente Coronel, Regidor y Alférez Real del Cabildo el año 1779, en que juró y proclamó al rey don Carlos IV.

Contrajo matrimonio con doña María Josefa Alonso de Lajarrota, hija de don Domingo Alonso de Lajarrota y Ortiz de Rozas, Caballero de la Orden de Alcántara, y tuvieron por hijo a don Manuel José Hermenegildo de Aguirre; casó el 9 de diciembre de 1818 con doña Victoria de Ituarte y Pueyrredón, y luego con doña Mercedes de Anchorena. Su descendencia se vinculó a las familias de Anchorena, Herrera, Urquiza, Gómez, Ocampo, Madariaga, Sáenz-Valiente, Dorado, Anasagasti, Benítez, Nazar, Harilaos, García-Mansilla, etc.

El escudo de esta casa de Aguirre es cuartelado, partido por una pala de azul: Primero, en rojo las cadenas de Navarra; segundo, sobre el mismo campo un castillo de oro, saliendo de sus almenas un brazo armado con espada; tercero, en oro una loba con su cria al lado de un árbol; y cuarto, ajedrezado de azul y plata. Divisa una cinta roja y en letras de plata el lema: «Piérdase todo, sálvese el honor».

RIGLOS. Apellido de origen catalán. En el año de 1502 un caballero de este linaje se estableció en Tudela de Navarra, en cuya parroquia de San Pedro, en la primera columna junto al altar y capilla mayor del lado de la Epístola, estaba la sepultura y ente-



AGUIRRE

ramiento de la familia de Riglos con su escudo.

Don Juan de Riglos, casado con doña Fermína de Labastida, tuvo por hijo a don Miguel de Riglos y Labastida, que pasó a Buenos Aires con el empleo de General de los Reales Ejércitos. Casó en 1710 con doña Leocadia de Torres, nieta de don Pedro Hurtado de Mendoza, hijo éste del Marqués de Cañete. En segundas nupcias casó con doña Josefa Rosa de Albarado.

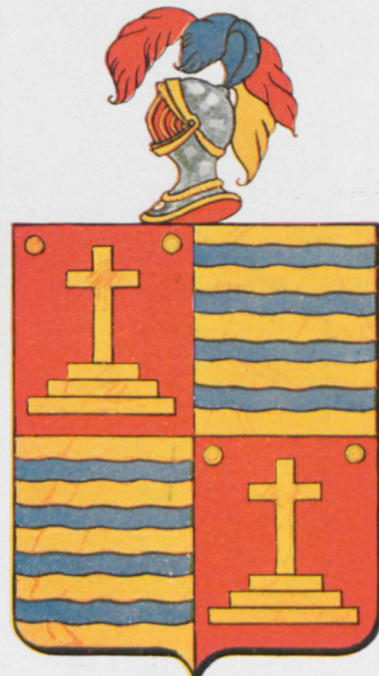
Doña Ana de Riglos de Irigoyen, figuró entre las damas patricias de Buenos Aires.

Don Miguel Fermín Mariano de Riglos, estuvo casado con doña Mercedes Lasala, primer presidenta de la sociedad de beneficencia de la capital al fundarse en 1823; también fue de las damas que contribuyeron con su óbolo para el sostenimiento de la primera expedición libertadora en junio de 1810.

La descendencia de este apellido se halla unida a las familias de Anchorena, Lezica, Oromí, de la Quintana, Alonso de Lajarrota, San Martín de Avellaneda, Lasala, Aguirre, Alzaga, Acosta, Achaval, Elía, Irigoyen, Piran, Pacheco, Videla Dorna, etc.

Escudo cuartelado: 1.º y 4.º en gules una cruz de oro lisa puesta sobre tres gradas del mismo metal, acompañado de dos roeles también de oro; 2.º y 3.º cuatro fajas de azul ondeadas sobre campo de oro.

JOSÉ M.ª PÉREZ-VALIENTE.

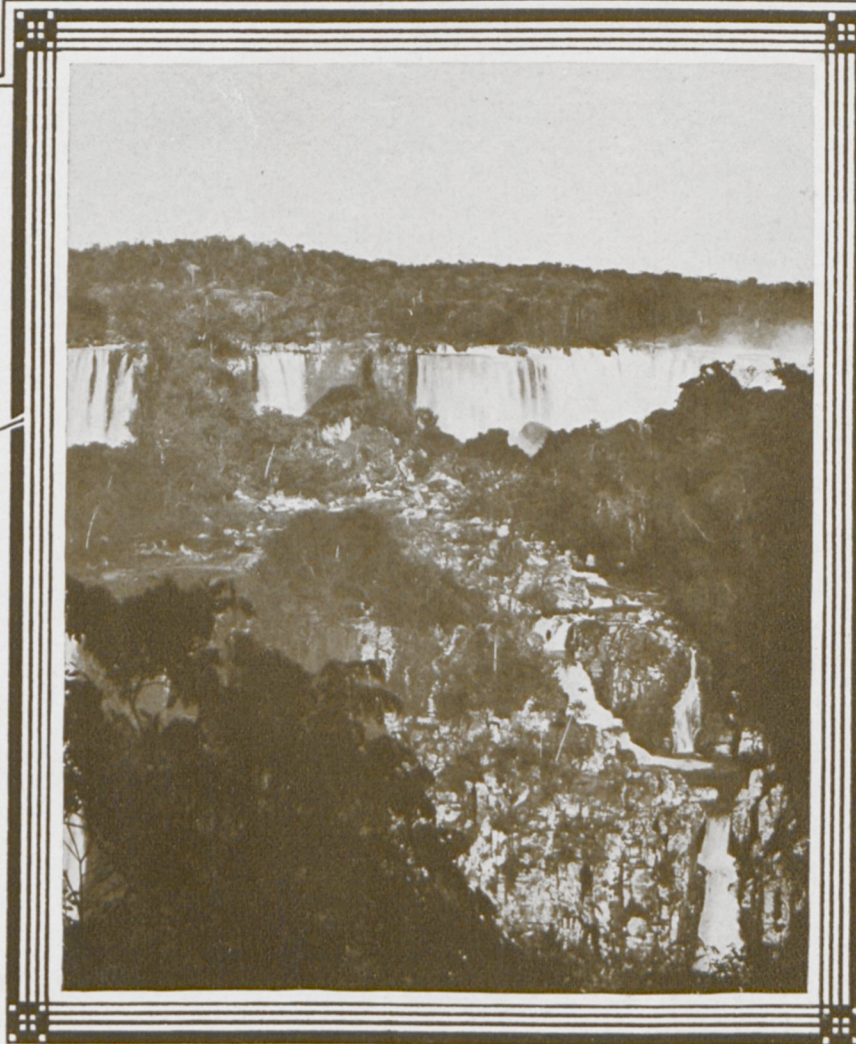


RIGLOS



Las cataratas del Iguazú

Es fuerza, para llegar hasta las cataratas famosas, cruzar primero la selva de Misiones; y a fe que la ruta ineludible va preparando el espíritu del viajero para recibir la sensación profunda que le aguarda en ellas, como si la naturaleza hubiera juzgado imprudente sorprenderlo de golpe con tanto esplendor. Una vieja calesa, tirada por diez mulas, serpea durante tres horas y media por entre el bosque fastuoso, recorriendo una «picada» cuyas alzas y bajas permiten el milagro de una constante renovación del panorama. Es un vehículo de corte medioeval, que va poniendo entre los rumores de la selva el eco sordo y áspero de sus crujidos y el grito de los postillones, a menudo expresados en aglutinantes apóstrofes del vocabulario guaraní. El paisaje es desconcertante. Las ramas de los árboles se entrelazan en lo alto, para formar bóvedas de verdura que en aquella basílica de la naturaleza fingen naves de una espléndida arquitectura, impidiendo casi por completo la vi-



EL SALTO «SAN MARTÍN».



sión del firmamento. Tan sólo a través de algunos claros, que parecen azulados cristales de vidriera, se ven cruzar las nubes blancas o grises. Filtrándose a duras penas, gotas de sol se mueven en el suelo, como diamantes enloquecidos. Aspirase un perfume

hondo. Las «lianas» lujuriosas se trepan a los troncos, los envuelven hasta vestirlos, se entreveran en las copas, se retuercen sobre las hojas y caen desde arriba en una titilante explosión de cortinados. Constelaciones de orquídeas se abren por todas partes, pegadas a los troncos, a cuyo pie los helechos profusos se aprietan los unos a los otros, como si la tierra resultara estrecha para dar cabida a la explosión de sus propios gérmenes; y allá se alza el «ybirapitá», rey del bosque, semejante al mirto, grave y coposo; y allá el cedro de anchas hojas; y el «lapacho» magnífico; y la «canela», árbol recio con el cual los lugareños fabrican sus piraguas; y el «timbó», cuya arquitectura de torre gótica le permite elevarse sobre todos los demás, tendido de punta hacia arriba como en un obstinado empeño de pinchar el azul del firmamento; y la «araucaria», que suele tener cinco metros de circunferencia en la base; y el «guabirá» con

su especie de níspero pendiendo de las ramas; y el «yabuticaba», ubérrimo de la mejor fruta del bosque, una como nuez que aparece pegada a modo de verruga en el tronco; y el «pino», y la «cancharana» con su fruta hermana del durazno y sus hojas espec-



EL PRIMER ESCALÓN DE LAS CATARATAS.



SALTOS BRASILEÑOS.

torales; y el «araticú», similar de la grosella; y el «arazá» o chirimoya salvaje; y el «cerezo» con sus hojas color crema y su fruta provocante que pone la nota escarlata entre la policromía maravillosa del conjunto... Y en medio de todo, largos pájaros de vuelo lento y armonioso, algunos divinamente níveos, otros de roja testa y otros, grandes y mustios, de cuerpo negro y pecho blanco, a los cuales los hijos del bosque llaman cándidamente «viudas»... La vieja carroza va rodando. Aléjanse las aves en soslayantes líneas de fuga; se adivina, en el alma de la selva, maraña adentro, los «pumas» oscuros y los tigres elásticos. Como dos luces fatuas, brillan de pronto en la densidad de la maleza las dos pupilas centelleantes del terrible gato montés. Se dijera que el silencio tiene una vibración de misterio en torno de nuestras cabezas; y de pronto, repentinamente, la caravana se detiene para escuchar: un rumor lejano pero estridente — mil cañones remotos rugiendo en andanada — un ruido extraño, a la vez sordo y tonante, llega a nuestros oídos: es que estamos cerca de las cataratas. Una rara sensación de agua invisible se percibe en la cara. Ha cambiado el tono de la atmósfera, porque en toda ella, como un desvanecimiento de velos incorpóreos, flota polvo líquido. Siéntese entonces una casi mortificante sensación de pequeñez: la gran naturaleza va a mostrarse a la criatura miserable en uno de sus caprichos más imponentes; y tras unos minutos más de selva, estamos, por fin, frente al prodigio.

Imaginad un valle profundo y vasto — trescientas hectáreas — tendido en forma de hemicírculo y encajonado entre rocas abruptas. Sobre esa hondonada, en cuyo fondo estalla una flora inverosímil, se precipitan, desde sesenta metros de altura, las aguas del Iguazú. La enorme masa líquida se derrumba por todas partes. Las cascadas se suceden las unas a las otras, casi sin interrupción; y sumando el ancho de los torrentes se llega a esta cifra fabulosa: 3.200 metros. Sobre el pavoroso despeñamiento juegan las luces. Y es entonces la maravilla... Tienen las aguas, al avanzar sobre el abismo para sepultarse en su entraña, un tono de ámbar en la parte alta; y a medida que se precipitan va acentuándose la gama blanca hasta rugir en espuma. Debajo, al chocar en la garganta oscura que las recibe, se encrespan en una vorágine indescriptible: ni el Océano en sus horas más fervidas es comparable a aquella furia; la detonación estruendosa de la caída se prolonga en vibraciones infinitas, y después de revolverse allá abajo en un caos diabólico de espumas, lanzan hacia arriba torrentes invertidos que van sutilizándose hasta convertirse en vaho, en humo, en polvo, en una vaporización intáctil y plomiza que da, vista de lo alto, la impresión de un naufragio de nubes en un abismo. La sombra de los árboles de arriba, proyectada en el fondo, parece estremecerse de dolor al choque de los torrentes. La nota azul se insi-



núa a intervalos sobre el fasto blanquecino de los torrentes y el sol va poniendo en ellos, alternativamente, pinceladas de amaranto y bermellón. Hay algunos que dan, en su aparente inmovilidad de espumas, la idea de copos de algodón detenidos en el aire; otros hacen pensar en una estupenda fuga de perlas, nacarada el agua con todos los orientes; y aquel, enorme, cuyo lomo está suavizado por el beso de una luz verdosa, parece un desvanecimiento de esmeraldas en un fondo de misterio... Tendido sobre el valle y apoyando en la altura los dos extremos de su curva, el arco iris aparece todos los días de sol, al caer de la tarde; y entonces el vaho de las aguas, flotando gravemente en el seno de la hora vespéral, se diría una nube de incienso solemnitizando todavía más la majestad terrible del conjunto.

En trance de turismo arriesgado es posible bajar al fondo de la hondonada. Guías diestros y nervudos, ágiles criollos de caras brunas, amparan al viajero en esta marcha impresionante. Se va descendiendo por los peñascos empapados, mojándose a veces hasta la cintura, luchando con el impulso de alguna reminiscencia torrencial que obstruye el paso, saltando de piedra en piedra, salvando abismos oscuros y sintiendo la vaporización rabiosa de las aguas que pega en la cara con mayor fuerza a medida que se avanza perpendicularmente hacia el pavor... Sentado, por fin, en la roca, veo el cuadro de su punto de vista más trágico. Desde arriba, habíamos asistido a la partida de los torrentes; ahora vemos la llegada. Hace frío. Los sesenta metros se multiplican contados desde aquí. El estrépito de las aguas es ahora aterrador. La densidad de las nubes de polvo líquido obstruye un poco la visual y se experimenta una doble sensación de aturdimiento y pequeñez. ¡Ver al torrente en su cueva! La enormidad del cuadro es superior a mi capacidad receptiva; aquello es demasiado. No es posible hablar. No se hacen ya preguntas a los guías. La voz humana no podría hacerse oír, además, cuando la gran naturaleza tiene la palabra. Empapado y mudo trepo de nuevo...

¡Y luego, cuando muere el día, qué sordinas infinitas pone al paisaje la lunar! Suavízanse todas las tonalidades a conjuros de la pálida. El vaho líquido se tiñe de un amarillo leve y las nubes flotantes allá abajo reciben imperceptibles emanaciones de rosa viejo. Reflejada en el fondo tumultuoso, la luna se despedaza sobre los torrentes y los despiden hacia arriba con tonalidades de oro. Parece un jirón de ella misma aquella banderola de lumbré que se alza como un penacho.

Los peñascos, engarzados en la noche y lustrados por el derrumbe que los esmalta, se abrillantan en la sombra. Sólo entonces, al amor de la noche, muestran su pedrería fastuosa, burbujando en el lujo inaudito de millones y millones de facetas. Mirase ahora con más espanto hacia la tragedia del fondo.

...Y tal es la maravilla que pocos argentinos conocen.

BELISARIO
ROLDÁN.



UN EFECTO MARAVILLOSO DE LOS GRANDES SALTOS.

~FIRMAS
AJENAS~

RAMÓN
DEL
VALLE
INCLÁN



JARDÍN
UMBRIO



NA tarde, en tiempo de vendimias, se presentó en el cercado de nuestra casa una moza alta, flaca, renegrida, con el pelo fosco y los ojos ardientes, cavados en el cerco de las ojeras. Venía clamorosa y anhelante.

— Dadme amparo contra un rey de moros que me tiene presa. Soy cautiva de un Iscariote.

Sentóse a la sombra de un carro desuncido y comenzó a recogerse la greña. Después llegóse al deraño donde abrevaban los ganados y se lavó una herida que tenía en la sien. Serenín de Bretal, viejo que pisaba la uva en una tinaja, se detuvo limpiándose el sudor con la mano roja del mosto.

— Cautivos de nos. Si has menester amparo clama a la justicia... ¿Qué amparo podemos darte acá? Cautivos de nos.

Suplicó la mujer:

— Vedme cercada de llamas. ¿No hay una boca cristiana que me diga las palabras benditas que me liberten del Enemigo?

Interrogó una vieja:

— ¿Tú no eres de esta tierra?

Sollocó la renegrida:

— Soy cuatro leguas arriba de Santiago. Vine a esta tierra por me poner a servir y cuando estaba buscando amo caí con el alma en el cautiverio de Satanás. Fué un embrujo que me hicieron en una manzana reineta. Vivo en pecado con un mozo que me arrastra por las trenzas. Cautiva me tiene, que yo nunca le quise, y sólo deseo verle muerto. Cautiva me tiene con sabiduría de Satanás.

Las mujeres y los viejos se santiguaron con un murmullo piadoso; pero los mozos relincharon como chivos barbudos, saltando en las tinajas, sobre los carros de la vendimia, rojos, desnudos y fuertes. Gritó Pedro el Arnelo, de lugar de Condes:

— Jujuruju. No te dejes apalpar y hacer las cosquillas, y verás cómo se te vuela el Enemigo.

Resonaron las risas alegres y bárbaras.

Las mozas, un poco encendidas, bajaban la fren-

te y mordían el nudo de sus pañuelos. Los mozos, en lo alto de los carros, renovaban los brinco y los aturujos, pisando la uva. Pero de pronto cesó la fiesta. Mi abuela acababa de asomar en el patín, arrastrando su pierna gotosa y apoyada en el brazo de Micaela la Galana. Era doña Dolores Saco, mi abuela materna, una señora caritativa y orgullosa, alta, seca y muy a la antigua. La moza renegrida se volvió hacia el patín con los brazos en alto.

— Concédame un amparo, noble señora.

A mi abuela le temblaba la barbeta. Con un dejo autoritario interrogó:

— ¿Qué amparo pides, moza?

— Contra un rey de moros. Vengo escapada de la cueva del monte, donde me tenía presa.

Micaela la Galana murmuró al oído de mi abuela:

— Parece privada, misia Dolores.

Y mi abuela levantó su lente de concha y tornó a interrogar, mirando a la moza.

— ¿A quién llamas tú rey de moros?

— Rey de moros talmente, mi señora. Habla sin voces.

Gimió la renegrida:

— Me tiene cautiva con sabiduría de Satanás. Intervino el viejo Serenín de Bretal.

— La señora quiere saber cómo se llama el mozo que te tiene en su dominio, y de dónde es nativo. La renegrida levantaba los brazos, temblorosa y ronca.

— Milón de la Arnoya. ¿Nunca tenéis oído de él? Milón de la Arnoya.

Milón de la Arnoya era un jayán perseguido por la justicia, que vivía enfoscado en el monte, robando por siembras y majadas. En casa de mi abuela, cuando los criados se juntaban al anochecido para desgranar mazorcas, siempre salía el cuento de Milón de la Arnoya. Unas veces había sido visto, otras por caminos, otras como el raposo, rondando alrededor de la aldea. Y Serenín de Bre-

tal, que tenía un rebaño de ovejas, solía contar cómo robaba los corderos en las Gándaras de Barbanza. El nombre de aquel bigardo perseguido por la justicia había puesto una sombra en todos los rostros. Solamente mi abuela tuvo una sonrisa desdefiosa.

— Ese malvado, si viene por ti, no habrá de llevarte. Quedas recibida en mi casa, moza.

Se levantó un murmullo en loa de mi abuela. La renegrida dió las gracias humildemente y fué a sentarse al arrimo del patín, con la cabeza cubierta. A lo lejos resonaban las voces de la vendimia. Una larga hilera de carros venía por la calzada. Mozas descalzas y encendidas caminaban delante, animando la yunta de los bueyes dorados.

Otras venían en las tinajas, las bocas llenas de cantos y de risas, teñidas del zumo de las uvas. Los carros entraron lentamente en el cercado. Detrás del último apareció un mendigo todo en harapos. Era velludo y fuerte. La renegrida, que tenía la cabeza cubierta, se levantó como si lo hubiese adivinado. Temblaba livida y sombría.

— Perverso, ciencia de brujos te encaminó a esta puerta. No rías, boca de Satanás.

El hombre no se movió del umbral. Furtivo, tendió la vista en torno, y volviéndola a la tierra, suspiró:

— Una sed de agua, para un pobre que va de camino.

La renegrida gritó:

— Ese que vos habla es Milón de la Arnoya. Ahí le tenéis. ¡De sed perezcas como un can rabioso, Milón de la Arnoya!

Se habían acallado todas las voces. Las mujeres miraban al mendigo llenas de curioso sobresalto y los hombres con recelo. Algunos empuñaban las picas de acuciar las yuntas. En lo alto del patín, mi abuela, abandonando el brazo en que se apoyaba, habíase erguido, seca, enérgica, con la barbeta siempre temblona. Se oyó su voz autoritaria:

— Socorred a ese hombre, y que se vaya.

Milón de la Arnoya apenas levantó la frente obstinada:

— Misia Dolores, esa mujer es mi perdición. Ningún mal puede contar de mí. Habla la verdad de toda cosa, Gaitana.

La renegrida se retorció los brazos:

— Arrenegado seas, tentador... Arrenegado seas...

Los ojos hundidos y apagados de mi abuela, se avivaron con una llama de cólera:

— Mozos, echad a ese malvado de mi puerta.

Remigio de Bealo y Pedro el Arnelo se dirigieron a la cancela del cercado; pero el otro les contruvo, hablando torvo y plañidero:

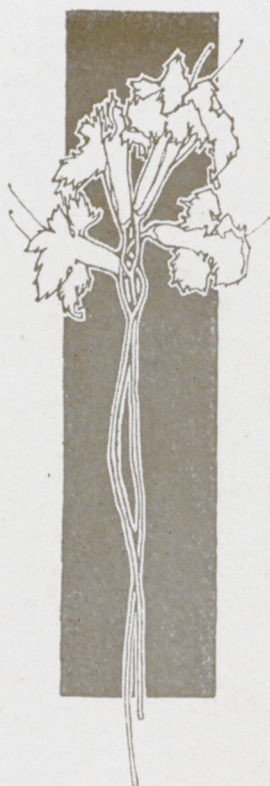
— Aguardad, que ya me voy... Más hermandad se ve entre los lobos que entre los hombres.

Se alejó. La renegrida, derribada en tierra, se retorció con la boca espumante, y las vendimiadoras la rodeaban sujetándola para que no se desrarrase las ropas. Serenín de Bretal trajo agua del pozo, Micaela la Galana bajó con un rosario, y en aquel momento oyéronse grandes voces que daba en la calzada Milón de la Arnoya. Eran unas voces como alaridos de alimaña montés, y la renegrida al oírlas se levantó en medio del corro de las mujeres, antes de que la hubiesen tocado con el rosario bendito. Espumante, ululante, mostrando entre jirones la carne convulsa, rompió por entre los carros de la vendimia y desapareció. Acudieron todos a la cancela y la vieron juntarse con Milón de la Arnoya. Después contaron que el foragido, prendiéndola de las trenzas, se la llevó arrastrando a su cueva del monte; y algunos dijeron que se habían sentido en el aire las alas de Satanás. Yo solamente vi, cuando anocheció y salió la luna, un buho sobre un ciprés.



DIBUJO
DE
JULIO

-PLUS ULTRA-



Star
Maria
Luisa
Rodriguez
Quintana



FOTOGRAFÍA DE GIL.

El libro de los paisajes

I MAÑANA DORADA

Praderas que florecen subiendo a la montaña,
Que ya a las más vecinas transfunde su alma azul.
Claridad de las nieves que al fresco mundo baña,
Alzando de los valles el cielo como un tul.

De las postreras sombras la tierra se redime.
Los cristalinos aires crisper el frío viril
Que trae con el beso de la nieve sublime.
El matinal ladrido del perro del redil.

Parece que al contacto de la nevada cumbre,
Sus cenizas azules fuera dejando el sol,
Al verter como un noble metal licuado en lumbre,
Sobre campos y montes su entraña de crisol.

En vivo lingote la tierra se condensa;
Con lento flujo de oro dilátase la mies;
Y sobre una dorada quietud de agua suspensa,
Lloran oro los sauces, y hoy más oro después.

Remoto son de cántico levanta el horizonte:
Esfúrzase en el alma la buena voluntad;
Y en olorosa ráfaga sale el viento del monte,
Cual de un sólido pecho la generosidad.

II EL ENCANTO DE LA NOCHE

Por el serenado ambiente,
Ombrio frescor se esparte.
La noche estrecha en su abrazo
El opalo del Poniente.

Con temeraria reserva
Deja sus largas tules;
Sus hondas huellas azules
Atenciopelan la hierba.

Perfuman nobles jazmines,
Y con la luna que aroma,
Parece alzarse en su aroma
El ángel de los jardines.

Dilata el astro hacia el Este
Su espejismo de laguna,
Y en un abismo de luna
Flota la calma celeste.

Vierte esa luz dulce pena;
Como un lirio tardío.
El alma se abre al rocío
De red amorosa llena.

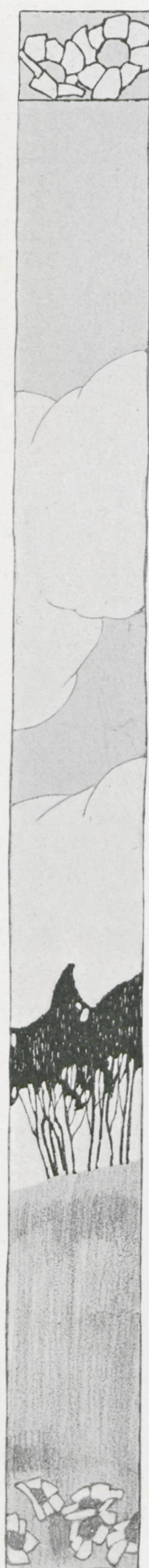
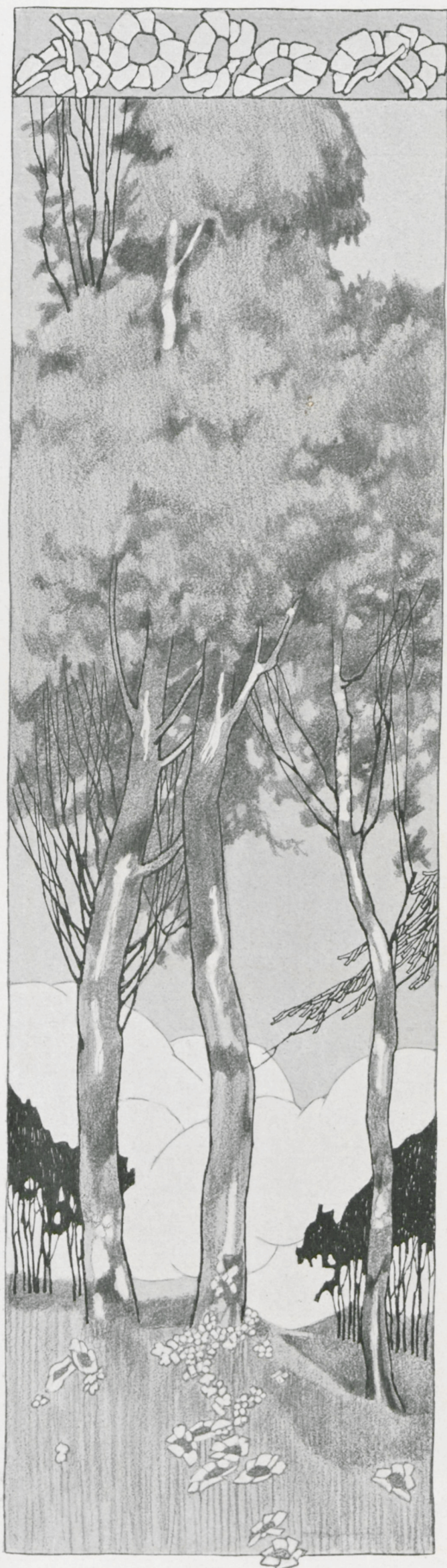
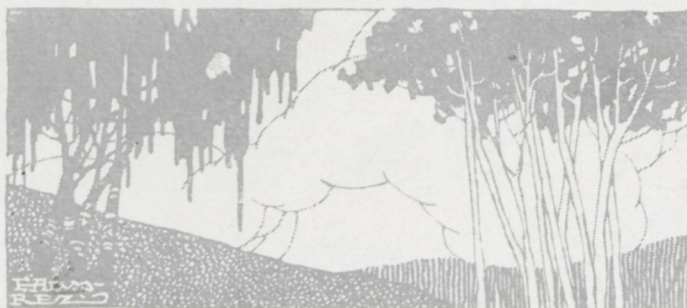
Cuánta blancura repasa
Sobre la pradera en calma;
Y en el sauce y en el alma
Cuánta sombra misteriosa.

Leja palpita una estrella;
Y el silencio grave y manso
Como un gran buey en descanso
Profundamente resuella.

Vaga congoja desiste
En el alma enajenada,
Y llora por ti... por nada...
Porque así es la vida... triste..

LEOPOLDO LUGONES

DIBUJOS DE
AIVAREZ



Plus Ultra



A vida es varia y complicada, pero su tema principal es el amor, y no hay amor sin aventura, ni aventura sin amor. Porque en el verdadero amor y aun en el solo impetu pasional, se desea lo misterioso, lo fantástico, hasta lo trágico, a veces.

Esta contemplación del legendario cortejo de Mañara, me produce una imagen de extraños atractivos; esa imagen que nos hace ser réprobos y gozarnos en ello; que acerca a la mujer cuando debía alejarla; que nos infunde un vago e inexplicable donjuanismo, complicando los sentimientos. No hay ciudades como Sevilla o Toledo, para esto de imaginar galantes acontecimientos y pavorosas historias de burladas. La realidad y la fantasía, van enlazadas y por el mismo camino.

En Sevilla, vivió aquel don Miguel de Mañara, como si el contagio del gran paisaje sensual, le hubiera dado energías sobrehumanas. Un día, la fatalidad hizo que el burlador plantase ocho rosales en recuerdo de las mujeres abandonadas; los ocho rosales murieron, pero han ido siendo sustituidos, y hoy, cada uno de los rosales de Mañara lleva en el corazón como el recuerdo de dos corazones y dos cuerpos que se encontraron...

Tuvo el galán una alegre quinta, donde oficiaba en los ritos de Eres, y donde cada rincón y cada penumbra estaban ahitos de mujer, mientras el aire de las cámaras guardaba, entre esencias fragantes, el divino fantasma.

Tuvo después un hospital, donde se recogió como buen cristiano a orar por las pasadas culpas. En las paredes colgó su retrato Valdés Leal, y aún rezan hoy



por el convertido innumerable personas, tantas, que sin duda le sacaron ya del purgatorio.

En el desmayo de la doncella; en la cita aceptada cuando no pedida; en el voluntario olvido de deberes que la mujer hace, no encuentra la humanidad culpa alguna, y todo lo achaca al burlador.

No sé por qué se arrepintió. Quizás su alma no era decisiva ante los misterios que sobrecogen.

Con el reo de la carne azotado por el inquisidor del espíritu. Tal fue don Miguel de Mañara.

II

A la orilla del mar, aparece Don Juan, fugitivo, cuando unos brazos femeninos le detienen en la huida. Esta vez son brazos plebeyos, pero lozanos y halagadores como todas las cosas que carecen de afeites. Se cumple el momento nupcial bajo esa música disonante, de las olas vagas desrizándose en la arena, o batiendo el acantilado arcaico.

Entre las tablas de la casa de pescadores — que huelen a pescado fresco — se olvida Don Juan de las sirenas cortesanas, y se entrega a la humilde moza de mar como si por vez primera conociese mujer. A los ocho días, no sé que barco misterioso se ha llevado a Don Juan, y es de ver la seducida que llora, grita, maldice y con los nervios exasperados se queja al cielo y al abismo de aquella gran felonía.

Me parecen exageradas esas lamentaciones que guardan las mujeres para sus galanes. En amor, la fuerza no es nada, y, ¿ya que no son débiles para otras cosas, por qué son débiles para eso? Entre las malas costumbres tradicionales figura esta de adoptar la mujer una eterna postura de víctima y quejarse de engaños bien sabidos y ocasiones y promesas muy compartidas.

En cuanto a la desigualdad de clase, no existe. El espíritu aventurero, errabundo, antojadizo y vehemente de Don Juan, lo

mismo huye hastiado de la duquesa Octavia o Ana de Pantoja, que de la hermosa pescadora de Nápoles.

Y todas lloran; la gran señora en los camarines de los palacios reales, y la más humilde, frente al mar azul, gran tumba de los secretos y de las aventuras. Así vió a Don Juan Tenorio, aquel fraile que firmaba Tirso de Molina.

III

Donde nadie ha seguido a Don Juan, es a los infernos. Con absoluta reciprocidad, intervienen los muertos en la vida, y los que aún viven, en la muerte. Tan ciertas son sus apariciones como los cementerios en que los enterramos...

Por eso, la cena con el espectro de un viejo rival que murió en duelo, se reduce a servir más fuertes platos y a beber un alcohol que divague y transfigure.

No es necesario que las estatuas se muevan y hablen, pues ya existe la vida en esas estatuas, que transforman en movimiento la inmovilidad por virtud de la actitud, de la expresión y del gesto... El diablo que hace filtrar la sombra del condeador por los muros más recios, es hermano de aquel demonio que fija los ojos de la *Esfige*, y de aquel otro que vuela en la divina *Victoria de Samotracia*.

Son los que vuelven de allá, alimentando con formas nuevas todas nuestras horas de quimera y nuestros alegatos a lo absurdo.

¿Quién no acudiría con presteza a semejante convite? ¿Quién retrocedería ante la fortuna única de sostener coloquio con los fantasmagóricos convidados de piedra?



maravilloso le hacía desear todas las múltiples sensaciones que ofrecen esas grandes casas enrejadas donde las vírgenes se encierran.

En la melancolía de una noche autumnal, en ese pálido noviembre de colores intermedios y tristes, no hay nada tan temeroso como el ruido de las espuelas en el claustro, ni nada tan triunfante como aquella capa abandonada, silenciosamente, en el dintel inviolado de una celda.

Mientras la anciana abadesa sueña con reglas disciplinarias y reúne en común preocupación la despena y los piadosos ritos, la joven monja, novicia o profesa, se debate en luchas imposibles, frente a una maldición, frente a un fantasma que se burla, que se rie, que la toma en brazos, y que, como ella, lleva una cruz sangrante sobre el pecho.

Y acaso, hay un poeta español de lengua perilla y corazón ingenuo, contemplando la escena.

V

Don Juan viaja por el mundo. Se pasea en Italia, en América, en España. Oculta su nombre, en la tradicional aristocracia de un título nobiliario. Esta emigración de don Juan va dejando dramáticas pasiones con mujeres de otra sangre, y de paisajes muy distintos.

Don Juan, en los trópicos, tiene una palpación de tragedia, infinita. La lujuria de tierra, plantas y cielo, se confunde con la lujuria humana y se desborda en un caos infinito de sensaciones. ¡Oh, mediterráneo de América! Con tus islas de fábula, fabulosamente bellas: islas antillanas de flores gigantes, de tempestades inmensas, de remansos azules, y de tanta y tanta maravilla.

La cansada hidalguía y la tierra llama del héroe con herencia de siglos, resplandecen en un postrer incendio, y la criolla arde en él, buceando con sus ojos de abismo todo el espíritu secular que tanto agobia, pero que tanto exalta.

A su regreso a la vieja y querida patria, trae Don



VI

He visto alejarse, lentamente, el alegre bajel de doradas velas, que navega hacia Citeres. Todos los hombres hemos emprendido un día de adolescencia ese viaje maravilloso, y ninguno ha vuelto de él.

Si alguno tornó, fué para embarcar de nuevo, siempre con una inextinguible sed de amar; siempre con el deseo de la isla encantada, cubierta de profusos y milenarios bosques, en donde se celebra al amor...

Pero no todos llegaron, sino hubo quien murió en el mar, y también quien anduvo errante y desesperado hasta llegar al puerto, y quien pasó trabajos y realidades crueles...

Con todo, la gloria del sexo de Afrodita es tal, que nadie vacila en emprender el viaje, por peligroso y larga que la navegación sea...

¡Oh templo de Citeres! Tus mármoles resumen todo el placer y todo el dolor humano, y entre las sacerdotisas que danzan en el santuario, están — con el festo de las primeras — aquellas novias y espesas de Don Juan.

Cerca, la sombra de éste vaga, incansable, por entre los mirtos y los bosquejillos de rosales silvestres.

Es que siempre, habrá una distancia entre mujer y hombre. Una misma línea, sobre el horizonte tendrá distinto significado para las que se aman, y las mismas palabras serán entendidas diversamente y su acibar o su miel caerán en lo inexplicable.

Tenía Don Juan, diez años, y ya en su galopada sobre el bastón paterno, atropellaba los corsos donde las niñas giraban entonando canciones melancólicas, y se complacía en los llores infantiles, y se vanagloriaba de su fuerza.

Pero, algún día, las burlas de una carcajada han herido las canas.

Del héroe, y todos los odios de largo tiempo han subido al asalto sobre los recuerdos de un hombre. La isla de Citeres no será nunca de color de rosa...



ENRIQUE BERGSON O DEL INSTINTO

Es el primero de los Bergson que logra honores enciclopédicos. El «Larousse pour tous» le dedica varias líneas; el «Seguí», algunas más con retrato, y el «Espasa», noventa renglones, sin efigie, mientras concede un regular fotograbado y buenos elogios al ministro andaluz, de cuyo nombre no quiere acordarse Unamuno. Por lo menos, la sabiduría barcelonesa es hasta ahora quien mayor homenaje diccionario rindió al ilustre filósofo parisiense. También merece consignarse que ha sido el doctor Carlos Malagarriga, el casi bonaerense jurisconsulto, el primero que vertió al castellano dos obras bergsonianas: «La evolución creadora» y «La risa».

Bergson resulta un apellido simbólico, si se compara su significado con la filosofía del hombre que tan bien lo lleva. «Hijo de Montaña», «Montañez», Montesino, Montañés, o algo semejante, quiere decir, y la obra bergsoniana resulta bastante montañesa o montesina. Este filósofo de apellido sajón no acepta las teorías metafísicas que inventaron los hijos de la llanura.

Caminar por el llano es cosa fácil, mientras los malhechores, los ríos, el alambre de púa y otros inconvenientes no se opongan. En el llano dormita, horizontal y cómodamente acostada, la línea recta; la línea recta, que es lógica, inflexible. Los llaneros aman la lógica y la creen omnipotente. Prueba irrefutable de este amor encontramos en la boga que alcanzaron las novelas policiales, donde el detective descubre asesinos y ladrones guiado por la observación y la deducción. La ridiculez de estos héroes fantásticos es un reflejo del jactancioso poderío de la filosofía tradicional, que no ha descubierto ningún misterio y verdades importantes.

Enrique Bergson, creyendo en la bancarrota de la metafísica al uso, quiere darnos un método más seguro, con el que se trate de explicar la Naturaleza. Antes del genial pensador se habían realizado tentativas en tal sentido. Intuicionismo se titula ese método.

Aunque la moda le llame el filósofo de las damas, Bergson es turbio, claro y trastornador como el champañ. Dar idea de su pensamiento resulta trabajo impropio. Elijamos solamente los párrafos capitales de la prosa bergsoniana.

Afirma el genial filósofo que: «nuestro pensamiento, en su faz puramente lógica, no es capaz de representarse la verdadera naturaleza de la vida, ni el hondo significado del movimiento evolutivo». ¿Por qué? Porque: «creado por la vida, en circunstancias determinadas y para obrar sobre cosas determinadas también, ¿cómo podría abarcar la vida toda, de la que no es más que una emanación o un aspecto?» «Tanto valdría sostener que la parte es igual al todo, que el efecto puede reabsorber su propia causa o que el guijarro de la playa dibuja la forma de la ola.»

La inteligencia, facultad de comprender y concebir las cosas, como la definimos por costumbre, es, según Bergson: *la facultad de fabricar y emplear instrumentos inorganizados*; mientras que el instinto, «estímulo interior que determina a los animales a una acción dirigida a la conservación o a la reproducción» (Academia), es: *una facultad de utilizar y aun construir instrumentos organizados*.

«No hay inteligencia donde no se noten huellas de instinto. Sobre todo, no hay instinto que no esté rodeado de una franja de inteligencia. Esta franja es la que ocasionó tantos errores; porque el instinto es siempre más o menos inteligente, se ha supuesto que inteligencia e instinto son cosas del mismo orden... En realidad, no se acompañan sino porque se completan, y no se completan sino porque son distintos, siendo lo que hay de instintivo en el instinto de sentido opuesto a lo que

APUNTES DE FILOSOFÍA



hay de inteligente en la inteligencia.»

Dice Bergson que el hombre, en vez de titularse orgullosamente *homo sapiens*, debería decirse *homo faber*, pues la originalidad de la inteligencia parece ser la de *fabricar objetos artificiales (en particular útiles para hacer otros útiles) y variar indefinidamente su fabricación*.

El animal no inteligente tiene también útiles o máquinas, pero *«formando el instrumento parte del cuerpo que lo utiliza; y correspondiendo a este instrumento, hay un instinto que sabe servirse de él»*. El instinto halla a su alcance el instrumento apropiado que se fabrica y se recompone por sí solo, que presenta, como todas las obras de la naturaleza, una complejidad de detalles infinita y una sencillez de funcionamiento maravillosa y que hace en seguida, cuando se quiere, sin dificultad y con una perfección frecuentemente admirable, lo que está llamado a hacer; en cambio, conserva una estructura casi invariable, ya que su modificación exige la de toda la especie. El instinto es, por tanto, especializado, por no ser otra cosa que la utilización de *un instrumento determinado para un objeto determinado*. Por el contrario, el instrumento fabricado inteligentemente es un instrumento imperfecto; se obtiene mediante un esfuerzo; casi siempre es de manejo penoso. Pero como está hecho de materia inorganizada, puede tomar cualquier forma, servir para cualquier uso, librar al ser viviente de cualquiera dificultad nueva que surja, y conferirle un número ilimitado de poderes. Es inferior al instrumento natural, en cuanto a la satisfacción de necesidades inmediatas, pero le aventaja desde que la necesidad sea menos urgente.»

Añade luego que este órgano artificial prolonga el organismo, creando una necesidad nueva por cada necesidad que satisface. De este modo, «en lugar de cerrar, como el instinto hace, el círculo de acción en que el animal va a moverse automá-

Por EDUARDO DEL SAZ

ticamente, abre un campo indefinido a esta actividad hacia la cual la empuja más y más lejos, y así la hace más y más libre».

¿Hasta qué punto es inconsciente el instinto? Respondiendo a esta pregunta, dice Bergson que el instinto «es en unos casos más o menos consciente y en otros inconsciente. La planta tiene instintos; pero es dudoso que vayan acompañados de sentimientos. Aun en el animal, apenas hay instinto complejo que no sea inconsciente, por lo menos en parte de sus actos.»

Al llegar a este punto hace una diferencia: «la de una conciencia *nula* y la de una conciencia *anulada*; ambas son iguales a *cero*, mas el primer *cero* expresa que no hay nada y el segundo que hay dos cantidades iguales y de sentido contrario, que se compensan y neutralizan». Ejemplo de lo primero es la inconsciencia nula de la piedra que cae; de lo segundo, el automatismo del sonámbulo que representa lo que sueña, y cuya «inconsciencia podrá ser absoluta, pero provendrá de que la *representación* se halla entorpecida por la *ejecución* del acto.»

La inteligencia, en sentir del filósofo, «está preferentemente orientada hacia la conciencia y el instinto hacia la inconsciencia. Porque cuando el instrumento que hay que manejar lo ha organizado la naturaleza, el punto de aplicación lo proporciona también la naturaleza, y el resultado a obtener es el que quiere la naturaleza.»

Para sustentar esa afirmación por medio de un ejemplo, narra la historia del sitaris, el diminuto escarabajo que «deposita sus huevos a la entrada de galerías subterráneas cavadas por una especie de abeja, el antóforo. La larva del sitaris, después de mucho esperar,

acecha al antóforo macho al salir de la galería, se prende de él, y no le suelta hasta el vuelo nupcial en que aprovecha la ocasión para pasar del macho a la hembra y esperar tranquilamente que ésta desove.

Salta entonces sobre el huevo que le servirá de sostén sobre la miel, lo devora en pocos días, e instalado en la cáscara, experimenta su primera metamorfosis; ya entonces, organizada para flotar sobre la miel, consume esta provisión de alimento hasta transformarse en ninfa y luego en insecto acabado. Es decir, que pasan las cosas como si la larva del sitaris, desde su primera eclosión, supiera que el antóforo macho saldrá de la galería, que el vuelo nupcial le brindará la ocasión de transportarse a la hembra, que ésta la conducirá a un depósito con miel bastante para alimentarla cuando se haya transformado y que mientras llega esta transformación, devorará poco a poco el huevo del antóforo a fin de nutrirse, sostenerse en la superficie de la miel y suprimir al rival que podía haber salido del huevo. Además, todo pasa como si el sitaris supiera que su larva ha de saber todas estas cosas.»

También la inteligencia conoce muchas cosas sin haberlas aprendido; el niño comprende tales cosas inmediatamente, mientras el animal no las comprenderá nunca. Ejerce un instinto el recién nacido que busca el pecho de la madre, porque conoce un *objeto*; pero el día en que delante del niño se aplique un adjetivo a un sustantivo, aprenderá a establecer una *relación*. El instinto, pues, se ejerce sobre *cosas* e implica el conocimiento de una *materia*; la inteligencia sobre *relaciones*, implicando el conocimiento de una *forma*. «Hay cosas que únicamente la inteligencia es capaz de buscar, pero que por sí sola no hallará nunca. Estas cosas el instinto las hallaría, pero jamás las buscará.»

Y, sin embargo, Bergson afirma que el instinto nos llevaría al interior mismo de la vida, si se convirtiera en intuición o instinto consciente.

ESTILOS CRIOLLOS



Dándonos una manito.

Sería mucho exigir de mi endeble retentiva, pedirme que después de tanto tiempo recordase, con todos sus cabellos y señales, los motivos específicos de aquella formidable galopada, con la que bandeamos de punta a cabo la apretada densidad de los famosos «Montes Grandes». Los mismos que por aquel entonces estaban ubicados en la jurisdicción del Partido de Monsalvo; tan «ilustre desconocido», cada que se le menta por su nombre bautismal, o digamos de cristianamiento geográfico-político (1).

La memoria nació fémina; y las señoras no quieren saber nada con los hombres que

(1) En efecto; todo el mundo conoce por de Maipú al que, oficialmente, se denomina "Partido de Monsalvo".



se van metiendo en años. Así es que esa casquivana, aunque todavía sabe coquetear conmigo de vez en vez, cuando quiero recordarme de algo que me interesa muy en-de-veras, me vuelve las espaldas, atracándose un bolsazo, de aquellos «de no te muevas». De ahí que, ni aun intensificando la atención retrospectiva, me sea factible atar los extremos de la piola que asocia las memoranzas, por importantes que sean. Con razón, pues, se me van las referencias banales, que no se me importan nada, ni a nadie importarán más.

Lo que mi imaginación evoca con claridad meridiana, es que habiendo salido de Maipú, rumbo a un rancho ubicado... no sé en qué pago medianero, aunque bastante remoto, estábamos engolfados entre lo más tupido de una selva, que si no virgen del todo, excedía en castidad a esa clase de mujeres a las que Marcel Prevost ha llamado «demivierges»...

Que nuestro paseo presentaba contornos de actuación pesquisante, lo estaba diciendo a gritos la circunstancia de que a mi derecha mano cabalgaba, en un tobiano de su propia silla, el Comisario de Policía; soberano local de la repartición en cuya expresiva heráldica levanta la cresta un gallo, símbolo y buen modelo de vigilancia. Y que se trataba de una comisión cuyo caracú exigía competencias de galeno, lo acredita el hecho de que a la izquierda del policial funcionario, jineteaba... como Dios le iba ayudando, el fiel cronista que atropella con la narración presente, y que en aquella fecha hacía cosas de «dotor» municipal.

Pero que los niños no pidan más... datos; preferiría mejor obsequiarles uno en fija para las carreras próximas, antes que munirles de referencias precisas sobre el motivo central que dragoneaba de generatriz, en aquel morrudo viaje de veintisiete leguas... y una yapa. ¡Cosa tremenda, mi amigo! Después de tan reverendo recorrido, capaz de desvencijar hasta al comandante Astorga, impermeable al cansancio, no le pedía yo a nadie que «se dejase de fregar»; antes bien, contrariamente, mis baqueteadas y molidas carnes solicitaban a gritos el régimen de las friegas emolientes: único recurso terapéutico que, malgrado su origen ancestral, soliviaba... hasta por ahí no más, el furor de mis empecinados padeceres.

¡Ah! ya se me iba pasando el agregar, para la integración del personal necesario al relato de mi cuento, que atrás nuestro, y caballeros en dos mancarrones patrias, caminaban una yunta de milicos. Se los presento al lector, desde que uno de ellos entrará a participar en la actividad del diálogo, lo que le llegue su turno; el otro se ha de quedar en silencio, en calidad de «Embozado», como sabían llamar a los cómicos que no hablan, los autores de comedias correspondientes al teatro antiguo; vale decir, los anteriores a la presidencia de don Bartolo.

Para no aburrirnos como en un velorio en aquella cansadora expedición, solamente disponíamos de tres factores de íntimo solaz; el pitar colorado, una caramañola de anís, que no era grano de ídem... y la lata verbal, en forma de socorros mutuos; pues lo que a uno se le endurecía el gaznate y buscaba en el chifle el alivio a la gran seca, entraba el otro a consumir su turno, después de un previo componerse el pecho.

Pero hasta para gozar la inocente entretención de la charla, teníamos que conversar en octava alta, causa de que los loros barranqueros estaban celebrando acalorada sesión, entre la fronda del monte, parlotando todos a un tiempo, sin el menor respeto por el orden acostumbrado en las grandes tenidas parlamentarias.

Entretanto, nosotros hablábamos de caballos, y estaba yo en el ejercicio de la palabra, cuando le dije a mi interlocutor:

— Aunque todavía no soy veterano viejo en el país, recién me voy dando cuenta de la enorme trascendencia que aquí ejerce el caballo, en buen hora importado por mis compatriotas y precursores los españoles, que así enriquecieron esta hermosa tierra, a la que obsequiaron tan rápido medio de locomoción barata.

— Sí, pues — asintió mi amable compañero. — En todas las manifestaciones de la vida vulgar, se advierte la importancia de ese bruto nobilísimo... mucho más noble que bruto, sin el cual sería imposible la existencia regular. ¿Cómo se concebiría el servicio policial, en esta inacabable llanura, si el personal de seguridad no contase con ese nervio de movilización... aunque me dicen que los cuatrerros y demás componentes del malevaje, disponen de mejores fletes que los representantes de la autoridad?...

— Eso era antes; no digo menos; pero ahora es diferente.

— Más vale así... Pero, viniendo a mi tesis: la vida toda de los pagos rurales, está saturada de la influencia hípica; hasta el lenguaje corriente

se halla poblado de voces que se derivan del mancarón, sus servicios y costumbres. He notado que hay paisanos incapaces de saber cual es la mano izquierda (que no necesitan conservar) aunque casi todos saben donde tienen la mano derecha. Pero, ¿quién de ellos desconocerá cuál es el «láo» de montar, que no ha de confundir, seguramente, con el «láo» del lazo?...

— Así es; ni con el «láo» de los palos; por más que no lo haya en los andariveles de campaña.

— Y entrando en otras analogías: he observado que cuando alguien quiere dar a entender que un fulano se equivoca, dice que se ha «pisao feo», como pudiera hacerlo efectivamente un bagual distraído... Otra de las figuras retóricas (salvando los respetos que a nuestra especie debemos) más felices de cuantas aquí he oído, ha sido la de decir que dos personas «se están relinchando», cuando sostienen vivo diálogo, en el que se nota conformidad de pareceres o evocación de gratas memorias...

— ¿Y si no? ¿Cómo quiere que lo digan mejor?

— Yo no quiero cosa alguna, señor mío; consigno un detalle pintoresco del lenguaje rural, tan



plagado de salpicaduras intencionadas y de irónicas comparaciones. En cierto orden de afinidades, recuerdo un símil afortunado que le oí las otras noches al viejito don Mártires. Estaban jugando al «tutis del medio» en lo del vasco Dorronoro. Al anciano, que era mano en aquella vuelta, le tocaba jugar; pero como tenía que poner en orden las trece cartas, y dada la torpeza propia de su edad, se demoraba un poco en la operación, alguien le dijo: — Pero ¿qué hace, que no juega? — a lo que el viejito retrucó: — No se apure, amigo; ya jugaré: ¿no ve que estoy ensillando?

— Es cierto... así sabemos decir. Y ¡qué! ¿le parece mal?

— ¡Qué me va a parecer mal, si gocé como un chanchito, al escuchar la salida! Pero, oiga, amigo, y no me ataje. Como ustedes están hechos a ese modo de hablar, relleno de sentidos figurados y de frases de doble intención, no saborean a paladar pleno, como nosotros los extranjeros, ese elemento festivo en el que vuelta a vuelta palpita su lenguaje, constelado de comparaciones de hípica procedencia. Una frase a la que ustedes no le sacan todo el jugo, porque están hechos a oírlo, pero que tiene la gracia por arrobos, es la de decir que uno «ha parado la oreja», siempre que da repentinas muestras de súbita e intensa atención...

— Y... ¡natural! así es como hacen los pingos, lo que escuchan algún ruido alarmante...

— ¡No! si ya me doy cuenta de la exactitud del parangón... ¿Y qué me dice de otra ocurrencia, que es como para partirse de risa?

— ¿Cuál?

— La de decir que uno se ha «boliao», cuando se trabuca y se hace un lío...

— ¡Claro! ¿No ve que es igualito a cuando un bagual cae en el suelo, causa de que la boleadora se le enreda en las patas?

— Sí; si ya estoy en el secreto... Y otra cosa, que me ha llamado poderosamente la atención: la enorme diversidad de pelos que se reconoce en este país a las caballerías... Mientras en mi tierra distinguimos en la piel de los toros de lidia, infinidad de tipos diferentes, que aquí no se sospechan siquiera, en cambio, ustedes aprecian en la



especie equina una cantidad asombrosa de matices, combinaciones y manchas de color, que multiplican confusamente la nomenclatura caballar, de un modo sorprendente para el extranjero.

— ¡Ah! lo que es eso... no digo los europeos; hasta muchos criollos puebleros, ignoran la barbaridad de variedades que un paisano baquianazo define en fija, lo que mira una tropilla de yeguarizos.

— Aunque no pretendo dominar ese difícil conocimiento, he podido ya persuadirme de que es numerosísimo y complicado el catálogo de pelos que aquí se discierne, sin la menor vacilación y a las primeras de cambio. Lo que no me cabe en la cabeza es que se llame moro a un caballo con mucho pelo blanco, cuando la gente de morería (acuérdesse de Otelo) no parece casco veraniego de vigilante... Y mientras tanto, la vez pasada oí decir que el Valuador del Partido está moro de canas...

— ¿Y cómo no! Pero, ¿es que no le conoce?

— Sí; sí, señor; pero no veo la analogía...

— No le haga juicio a esos detalles.

— Como usted disponga. Y ahora que me acuerdo. ¿Cuántos matices de pelo conocen ustedes?

— Eso es según... Hay provincias, como la mía...

— ¿Usted es entrerriano, no?

— Sí, pues. En mi tierra, por ejemplo, se conoce el caballo de pelo «yaguané», que aquí no «mángian» lo que es. Yo no sé fijamente cuántas clases de colores hay... Sería menester juntar mucho tiempo y prolijidad para contar los que yo distingo.

— Los otros días pensaba yo, al ir conociendo tantas clases de matices, que se pueden emplear todas las letras del abecedario, como iniciales de otros tantos nombres de pelos de caballos.

— ¿Cómo dice, mi dotor?

— Que cada letra del alfabeto puede encabezar el nombre de un tipo de piel de caballo... o yegua.

— ¡Cómo no! y algunas letras sirven para empezar los nombres de dos o tres.

Deseando amenizar el viaje y enriquecer, a la pasada, mi vocabulario nacional, entonces en formación, insinué tímidamente:

— ¿Y por qué no intenta ahora, hacer una relación metódica?

— Como guste... Empiece a contar. Con la letra A podemos anotar «alazán», «azulejo»...

— No se moleste tanto, mi Comisario; a mi propósito basta que nombre usted uno con cada letra.

— Ta bueno; pues empiece a anotar. Con la A ya hemos dicho que «alazán». Con la B... bien; digamos «bayo». Con la C... «colorao». Con la D... (breves momentos de pausa, consagrada a una labor interna, de carácter mnemotécnico). Con la E... ¡pero qué mulita que soy!... ¡Ajá! Ya está: «doradillo». Con la F... (aquí otra pausa, más larga que la anterior, y todavía más penosa). Con la G... ¿sabe que no me acuerdo?... Pero ha de haber... ¡No hay que hacerle!... ¿Cómo no va a haber?... Lo que sucede es que aurita... no me recuerdo de ninguno. Con la E...

Y empacado en la difícil inicial, se encajaba hasta la berija, como en un barril de dudas, ansiedades y confusiones, cuando el más viejo de los dos vigilantes, paisano de su jefe y por éste importado de Gualaguaychú, se permitió intervenir en el asunto, queriendo darnos una manito, en procura de la rumbeada cuanto chúcará solución.

— ¿Me permite una palabra, mi Comisario?

— ¿Qué querés vos, zanagoria?

— Pues, con su permiso, voy a decirle un parecer...

— Decí no más — exclamó el Comisario, entre deseoso de hallar lo que tan al fudo buscaba y un tanto cabreado (¡altro que un tanto! casi, casi un amarreo) al sufrir la humillación de que un paisano ignorante le sacara de la encajadura.

— Pues con la E... mi Comisario...; pero si parece mentira que no se le haiga ocurrido... Con la E... ¡si está más claro que mate de po-brerío!... Con la E... «escuro».

La indignación que se esbozó en el semblante del defraudado jefe, no es para descrita, porque entraba en la categoría de lo inefable. Miró a su cretino subordinado y... ¡cosa bárbara! aunque no separó las piernas del tobiano en que cabalgaba, le vi montar un picazo... Gracias a las circunstancias en que se produjo la ocurrencia, no sucedió nada digno de la crónica; pero puede maliciarse que, de haber pasado la cosa en la Comisaría, el enojado jefe habría puesto al chambón vigilante... ¿cómo es que se dice?... ¡Ah! ya; le hubiera puesto... con la O... «overo».



PAISAJES ARGENTINOS

UNA LAGUNA EN DOLORES

DIBUJO AL CARBÓN
DE NICANOR VÁZQUEZ.

*La
plaza del
Congreso*



TARDE
BRUMOSA





ARTE NACIONAL

LA SANTERA

ÓLEO DE
JORGE BERMÚDEZ





EL · CURIOSO · LECTOR

Toda la plaza es pública, menos el rincón apacible que el discípulo de Diógenes se apropió colocando un libro a manera de biombo. Los que no tienen donde caerse muertos, saben adueñarse de las cosas más indóciles al dominio particular; transforman en dormitorio los solares abandonados, y las ruinas en salones. Por eso, el banco que un rey despreciaría, aunque brinde sitio para cuatro monarcas, es ahora del desconocido.

Si una barrica equivale a una casa, el banco bien puede substituir al chalet. Además, al libro, a cualquier libro ¿no se le compara siempre con la luz, ya sea de linterna, foco o bujía?

Admirable resulta la soledad robinsoniana que saborea en medio de la urbe bulliciosa. Y como toda admiración encierra algo de envidia, envidiemos al curioso e incógnito lector, es decir, analicémosle.

Indudablemente la riqueza no perturba su espíritu, ni la suma miseria le obliga a mendigar. Tal vez sea un mendigo de amor, de trabajo, de gloria o de ociosidad. Enamorado, cesante, escritorzuelo, haragán: entre estas cuatro palabras se encierra el secreto de su situación. Quizás tiene mucho de estos cuatro vocablos, y busque la gloria para no sufrir un trabajo rudo y ofrecérsela a una hermosa vecina.

¿Vivirá por siempre sin salir del anónimo, o lo veremos algún día cosechando aplausos sobre la escena o en las columnas de un periódico? ¿Adoptará el seudónimo común de «atorrante» que tantos ingenios y locuras encubre? Nada de esto se sabe, ni tiene importancia.

En tanto que la gente trabaja afanosa o huelga aburrida, este hombre lee bajo la sombra de un árbol porque encontró dentro de la ciudad las soledades deseadas por Fray Luis de León.

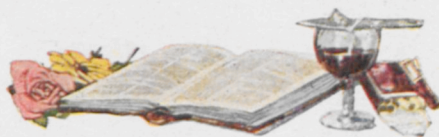
Así fué verdaderamente su maestro, el filósofo de la linterna y el tonel, aunque otra cosa diga la Historia. Feo, amador, vago, idealista y, por lo tanto, bohemio, Diógenes se reía de los compatriotas que vivieron amarrados al trabajo, a la riqueza, a la esclavitud.

Cuando éste, a quien llamamos curioso lector porque lee y es digno de ser leído, cierre el volumen a la caída de la tarde y vaya en busca de alimento, ¿qué problema le esperará?, pues el mundo siempre nos propone un enigma en el instante de concluir cualquier grata ocupación. ¿Responderá con embustes, con palabras de amor?

¿Será tan cínico, en el sentido vulgar de la palabra como en el filosófico? ¿Quién aguarda la llegada del lector del banco? ¿Hay en estas lecturas solitarias lágrimas y angustias de madre o esposa?

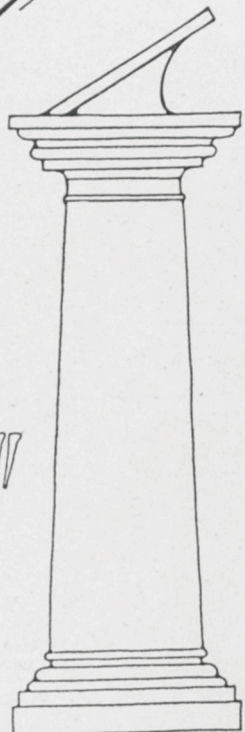
A pesar de todas estas sospechas y de algunas más, que tú, curioso lector puedes tener ante la figura del desconocido, seguiremos admirándole envidiosamente. Porque hay en él un reflejo de libertad, de esa libertad tan deseada. Impulsados por ese anhelo, a veces sentimos envidia por cosas poco envidiables a primera vista: la ingenua fe del carbonero, la salud del pastor, el bien comido pucherete del aldeano, el dormir profundo de la gente laboriosa. Y mientras, ellos, los sencillos, envidian a su vez coches, trajes, palacios...

Hombre de las soledades que no buscas la multitud como el héroe de Edgardo Poe, ¿merece tu secreto el trabajo de olvidar nuestros problemas para dedicarnos a inquirir el por qué tú te dedicas a la lectura mientras los demás trabajan afanosamente o huelgan aburridos?



Desde París

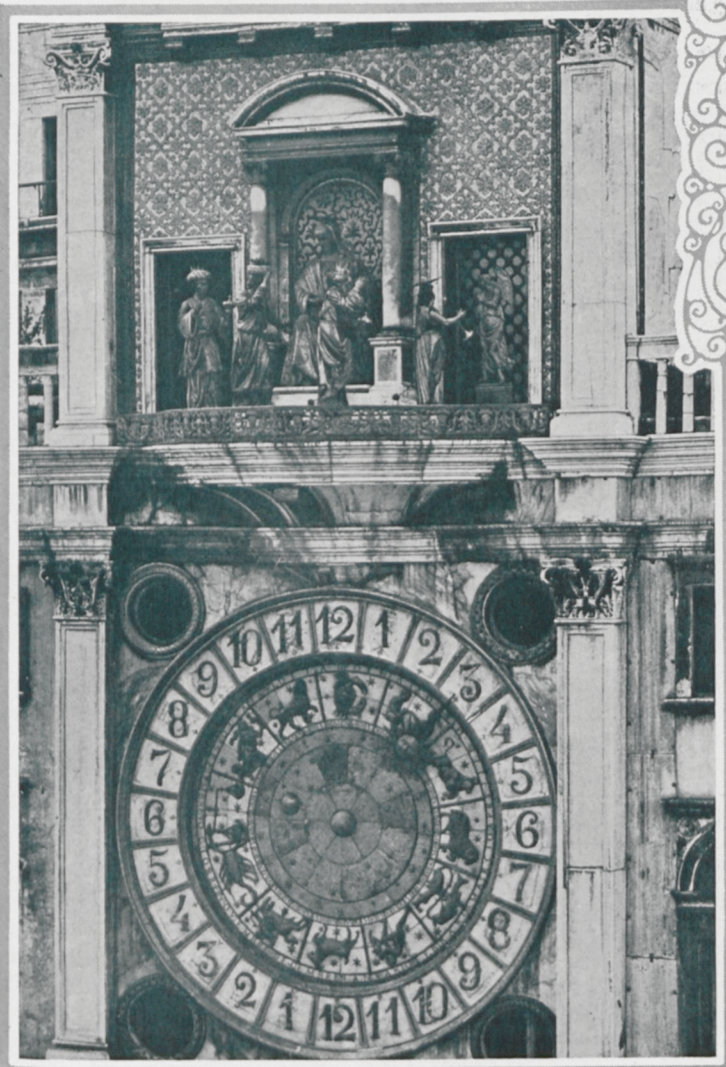
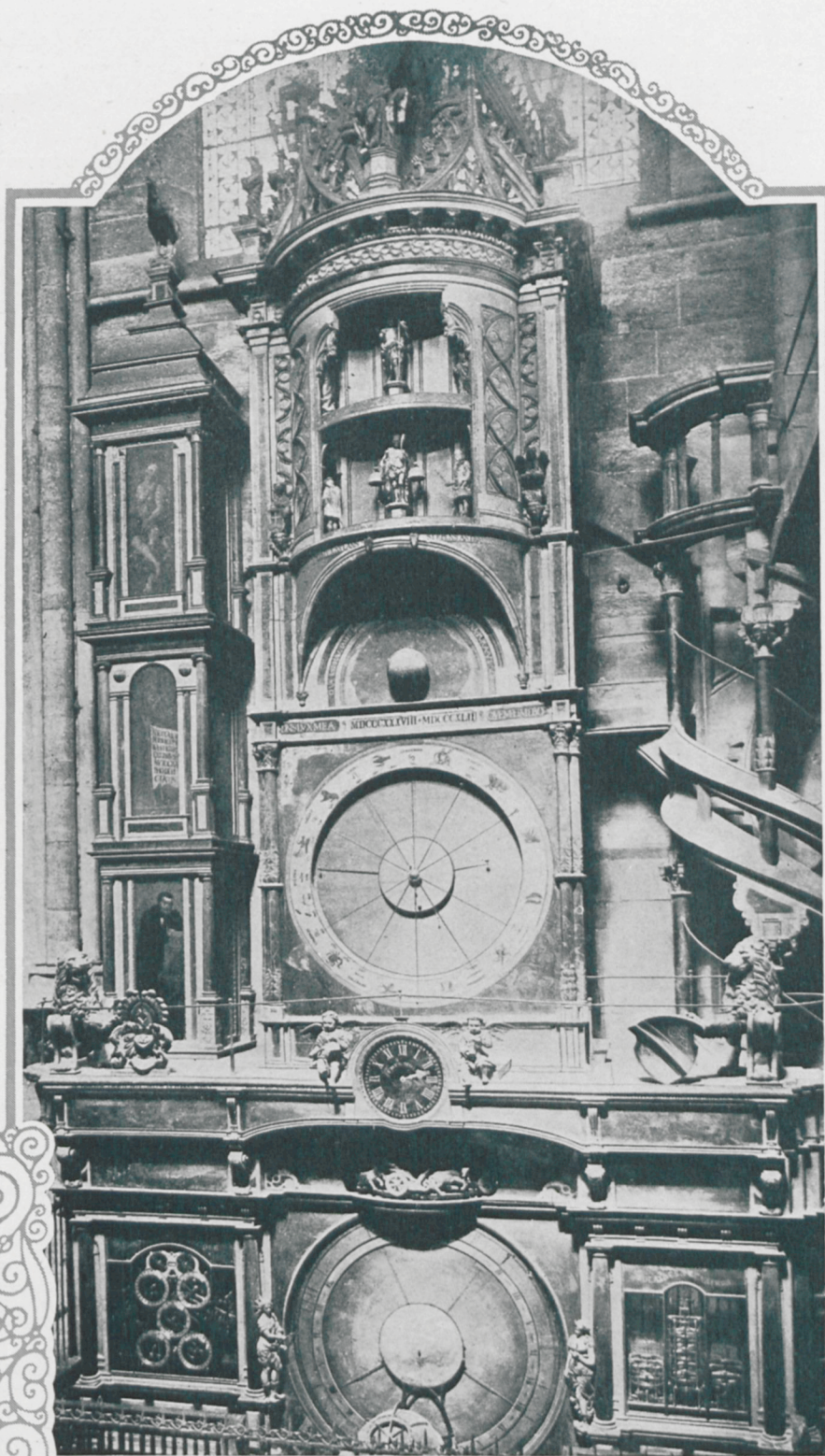
"LA DANZA DE LAS HORAS"



Al estallar la guerra, las gentes de las Galias se dividieron en dos clases: los combatientes y los trabajadores; los que oponen la firmeza de sus pechos al enemigo y los que, tras de ese amparo luchan también en firmeza de voluntad para que a la pared de acero no falten los puntales de oro que han de sostenerla.

En tales condiciones, la vida de los no combatientes de *l'arriere* ha de cifrarse en dos lemas: labor y economía; labor y economía a ultranza... Y como es de buena economía no hacer de noche y con luz artificial, que cuesta dinero, lo que puede hacerse de día y con luz natural, que es gratuita, el gobierno de la República nos aconseja que madrugemos una hora más y que velemos una hora menos, y apoya este consejo con un decreto que tiene fuerza de ley, y en virtud del cual la hora oficial, la hora pública, —que es tanto como decir la hora privada,— queda adelantada de sesenta minutos en tanto duren los días largos.

Y parece que así, con este infantil ardid que consiste en hacer que todos vivamos en el mismo consciente engaño, hemos de ahorrar para la Defensa Nacional, en lo que queda de



verano, la respetable suma de cien millones... A ese precio cabe mentir, y honorablemente podemos aceptar esta pequeña farsa que dirige el viejo Cronos transformado en histrión.

La noche del 14 al 15 de junio, sonaron a la par la última campanada de las once y la penúltima de las doce, entre el asombro y el desconcierto de las antiguas rodajas, de los cansados resortes y de las viejas campanas.

La obediencia a lo preceptuado fué unánime: único rebelde, por hallarse muy alto sobre las nonadas del hormiguero humano, nuestro padre, el Sol, continúa levantándose a su hora, con sesenta minutos de retraso sobre la nuestra; y aún brilla en lo alto del cielo, irónico y espléndido, cuando, *de par la loi*, debiera declinar; y en crepúsculos de maravilla pone un limbo de oro y de gloria en torno a la hierática silueta del Arco de Triunfo, cuando ya los relojes neumáticos de los Campos Elíseos marcan las nueve y media de la noche, hora oficial de la sombra y de la queda.

Y como del amoroso maridaje del Sol y de la Villa-Luz, nacieron dos hijos predilectos, «Midineta» y «Pierrot», estos modernos semidioses de nuestro altar pagano siguen al Astro-Rey en su magnífica rebeldía. «Pierrot» — todos le conocéis, — es el pájaro audaz y afortunado, el gorrión travieso que, si cruzáis los jardines de las Tullerías, tenderá el vuelo hacia vosotros, y posándose sobre vuestros hombros, sobre vuestro sombrero, o sobre vuestras manos, os pedirá, con el áspero píar de su *argot* canalla, una miga de pan... «Midineta» — todos la habéis amado — es la abeja de Francia: la obrera que, pulida y bella como una marquesa versallesca, se afana, incansable, en torno a su panal, y bendice la vida siempre que Dios le depara, al término de cada una de sus jornadas, un rayo de so-

ITALIA ADOPTÓ LA REFORMA DE LA HORA, COMO TODOS O CASI TODOS LOS PAÍSES BELIGERANTES, Y EL HISTÓRICO RELOJ DE LA PLAZA DE SAN MARCOS, EN VENECIA, HABRÁ PASADO SOBRE UNA HORA IMAGINARIA, INSCRITA EN LA ESFERA Y CONTADA EN LA SUMA DEL TIEMPO, PERO INEXISTENTE PARA NUESTRA VIDA, COMO PARA NUESTRO RECUERDO...

EL FAMOSÍSIMO RELOJ DE LA CATEDRAL DE ESTRASBURGO, CONSTRUÍDO EN 1352, HA INTERRUMPIDO TAMBIÉN SU TRADICIÓN DE SIGLOS, AL INSTAURARSE EN ALEMANIA LA LEY DE LA NUEVA HORA: Y LAS VIEJAS FIGURAS PAGANAS Y CRISTIANAS QUE DESFILAN BAJO SU RETABLO, AL SONAR LAS HORAS, HABRÁN VISTO CON ASOMBRO TRASCORDADA SU EXISTENCIA, Y POR TAL SIGNO JUZGARÁN PRÓXIMO EL APOCALIPSIS.

y el aroma de una flor... Por lo tanto, «Midineta» y «Pierrot» no consienten en dar por acabado el día ni por comenzada la noche cuando aun hay sol en los cielos, y cuando aún, cegadas por esa luz, no osan abrir sus párpados de terciopelo ni mostrar sus pupilas de diamante las estrellas... y hasta que en verdad no es entrada la noche hay siempre, bajo las frondas de los «squares», gorjeos, de pájaros y risas de mujeres.

Dije que sólo nuestro padre, el Sol, y sus hijos, «Midineta» y «Pierrot», se avienen mal con la reforma horaria, y diciendo esto pequé de inexactitud: hay en París dos relojes con los cuales ni reza ni puede rezar semejante fantasía cronométrica.

Uno de estos relojes insumisos, campea, desde hace cinco siglos, sobre la fachada del Palacio de Justicia. Contó y señaló este veterano las horas de Bouvines, de la San Bartolomé y del Terror; las horas de Valmy, de Austerlitz y de Waterloo; las del Marne, del Yser y de Verdún... Y decidme, a tal abolengo, ¿qué manos sacrílegas podrían osar?

El otro reloj fuera de ley es el reloj de bolsillo que posee un señor, el señor X, hombre de original vulgaridad a quien, si por París habéis pasado, forzosamente debéis conocer. Este personaje puede ser de cualquier país; pero es, ante todo y sobre todo, un *neutro de oposición*, un neutro que, a vivir en Berlín, sería partidario vergonzante de los aliados, pero que viviendo en París no puede ser sino admirador, *sous cape*, de los imperios centrales... Es, sencillamente, un cuitado cuyo afán consiste en pensar



PARA EL CUADRANTE SOLAR DE LA SORBONA, LA NUEVA LEY NO EXISTE, YA QUE ÚNICO REBELDE, POR HALLARSE MUY ALTO SOBRE LAS NOMBRES HUMANAS, NUESTRO PADRE, EL SOL, SIGUE LEVANTÁNDOSE A SU HORA, CON UN RETRASO DE SESENTA MINUTOS SOBRE LA NUESTRA.

UNO DE ESTOS RELOJES INSUMISOS CAMPEA, DESDE HACE CINCO SIGLOS, SOBRE LA FACHADA DEL PALACIO DE JUSTICIA. CONTÓ Y SEÑALÓ LAS HORAS DE BOUVINES, DE LA SAN BARTOLOMÉ Y DEL TERROR; LAS HORAS DE VALMY, DE AUSTERLITZ Y DE WATERLOO; LAS DEL MARNE, DEL YSER Y DE VERDUN... A TAL ABOLONGO, ¿QUÉ MANOS SACRÍLEGAS PODRÍAN OSAR?

y sentir de manera contraria a las gentes que le rodean... Y siendo así, ¿cómo podría él someterse a un capricho del Gobierno?... Llegará tarde a todas partes; abrirá su despacho cuando sus clientes, hartos de esperar, se hayan marchado; perderá el último tren, pero en cambio si le preguntáis la hora que es, habrá de responderos con olímpica satisfacción: —Son las seis, amigo mío... Las seis de *mi reloj*... Las seis para *mí*...

Para esta gente, no sé ni me importa la hora que puede ser... Como veis, podrá este cataclismo de la gran guerra trocar la faz del mundo, y aún alterar aquello que hasta ahora juzgábamos inmutable: la marcha del tiempo; mas sobre todas las ruinas de lo transitorio y de lo eterno, quedará una paradoja, en tanto que sobre la Tierra aliente un hombre...

París, junio, de 1916.

ANTONIO G. DE LINARES.

UN CÉLEBRE RELOJ «NEUTRAL», EL DE BERNA, CUYA ESFERA DE VEINTICUATRO HORAS ESTÁ ACOPLADA A UN CUADRANTE SOLAR, POR EL CUAL SE RIGE, Y QUE, POR TANTO, NO LE PERMITIRÍA ACOMODARSE A LOS CAPRICHOS CRONOMÉTRICOS DE LA LEY.



Páginas femeninas



SEÑORA ETELVINA GONZÁLEZ CHAVES DE TORELLO, ESPOSA DEL MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS.



SEÑORA ROSA CERNÉ DE GÓMEZ, ESPOSA DEL MINISTRO DEL INTERIOR.



SEÑORA DELIA GOULÁN BÜTTNER DE ALVAREZ DE TOLEDO, ESPOSA DEL MINISTRO DE MARINA.



SEÑORA JULIETA MEYANSA DE PUEYRREDÓN, ESPOSA DEL MINISTRO DE AGRICULTURA.

«Estamos a la expectativa...» ¿Quién no ha oído repetir hasta el cansancio esta frase de rigurosa actualidad política? ¿Habrá que confesarlo? la preocupación de nuestro mundo femenino ha sido intensa... ¿A quién habría de incumbir, la representación oficial de las exquisitas cualidades y del proverbial encanto de la mujer argentina? Una misión tan fácil para algunas, suele estar erizada de peligrosos escollos para otras... No ha habido círculo en que no se comentara, a propósito del tema de actualidad, la serena distinción, con que presidía las solemnidades oficiales, la que nos hemos habituado a llamar cariñosamente María Rosa Murature, la sencillez y abnegado don de sí misma, de que hacía gala la señora de Calderón; se citaba el chispeante ingenio y la proverbial generosidad de Teresa Urquiza de Sáenz Valiente, la cultura y bondad de la hermosa señora de Saavedra Lamas...

¿Quiénes serían las elegidas, para reemplazar esas figuras femeninas, que supieron realzar con singular prestigio la actuación de las personalidades políticas del último régimen?

Largo camino hemos recorrido, desde aquellos benditos tiempos, en los que rancias prácticas obligaban a la argentina cuyo esposo llegara a ocupar los más altos puestos del país, a permanecer recluida en la intimidad del hogar, donde más de una vez, sin embargo, pesaba su opinión y eran requeridos sus consejos, para trascendentales resoluciones... Hoy vivimos felizmente a plena luz, conscientes de todos nuestros deberes, pero convencidas también del derecho de colaborar abiertamente en la obra común; y es del caso recordar aquí una autorizada opinión femenina, la de la señora Hwartz, que dice: «Las mujeres tienen sólo un derecho, que se han tomado sin pedirle, y que nadie les ha de discutir: el de amenguar todos los dolores y aliviar todas las miserias...» Lo que comprendieron y practicaron siempre, las esposas de nuestros más eminentes mandatarios, que si ampliaron su acción, siguiendo el ejemplo de la ilustre matrona doña Carmen Nóbrega de Avellaneda, dotando al país de obras benéficas sociales de cuya organización podemos enorgullecernos, supieron también dar realce, y prestigio incomparable a la actuación política de sus esposos, las señoras de Pellegrini, de Uriburu, de Quintana y de Sáenz Peña...

Al constituirse el nuevo régimen, la sociedad entera se vuelve hacia las que han sido designadas como las figuras femeninas oficiales de la Nación: entre ellas se destacan con reconocido prestigio, la señora Rosa Harilaos de Becú, a quien bastaría su juvenil y delicada belleza, para conquistar todos los homenajes, pero que sabrá llenar los deberes que le impone su elevada situación, por el tacto exquisito que la distingue, y que hizo decir no ha mucho, a una de nuestras más respetables y exigentes matronas: «tiene mucho mundo, a pesar de su extremada juventud...» Y mucho mundo tiene la que ha sabido ofrecer in-

relevantes condiciones, y en medio de tan absorbente labor, su espíritu selecto dedica largas horas a las tareas intelectuales que le corresponden, como miembro activo de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres. La inteligente e interesantísima señora Delia Goulán Büttner de Álvarez de Toledo, tan vinculada en nuestra alta sociedad, doña Rosa Cerné de Gómez, las señoras de Salaberry y de Salinas, completan el interesante grupo de damas argentinas cuya actuación oficial (no me atrevo a decir «política» puesto que no hemos llegado aún hasta ejercer públicamente nuestra influencia), ha de ser seguida con vivo interés, por las que ambicionamos atesorar todos los prestigios, que han de hacer respetar como hermoso ejemplo a la mujer argentina.

FOTOGRAFÍAS DE VAN-RIEL.

LA DAMA DUENDE,



Una incógnita amiga que bajo el nombre de Bethlem se ha dirigido a Fulana de Tal, solista de su experiencia los consejos que han de infundirle resignación; y Fulana de Tal, incapaz de llevar consuelo a esa alma atribulada, sólo puede decirle: ¿Qué le hemos de hacer, amiga, dolorosa amiga mía desconocida? si ese dolor de que tú te quejas lo sentimos todas las mujeres, todas las madres que sabemos de la lucha por la vida, que vamos «despejando el camino que han de seguir aquellos seres queridos... dejando en la áspera senda pedazos de nuestra carne... quebrando las espinas para que no se hinquen en carne de ellos...» ¡Así es la vida! Todos corremos tras una ilusión, en pos de una esperanza. Paul Hervieu llama a esta ley de la vida: «La marche aux flambeaux».

«Dejarás a tu padre y a tu madre para seguir a tu marido», dicen las Sagradas Escrituras. Cuando no es para seguir a su marido, los hijos nos hacen a un lado para seguir el curso de la vida con sus atractivos y sus exigencias.

Y estos hijos que hoy parecen insensibles al dolor que su indiferencia más o menos afectuosa nos produce, porque ni lo ven, ni ahora lo comprenderían si lo vieran, sufrirán a su vez la inconsciente afectuosa indiferencia de los hijos de su alma, de los pedazos de su carne. Porque «Así es la vida», triste amiga Bethlem.

Pero si estas necesarias injusticias que la vida comporta son para las madres, fuente de amargura y de melancolía, ¡cuán grande es la compensación, si a costa de nuestros sacrificios logramos ver felices a los seres queridos! Si una sonrisa, una palabra de cariño nos conmueve y nos llena de contento, ¡cuánto más aún ha de pagar todos nuestros dolores presentes y futuros la certeza de haber contribuido con ellos a la felicidad, al bienestar, a la realización del más pequeño deseo de un hijo!

¡Y pensar que hay padres crueles, que hay madres indiferentes, que hay hijos que sufren!

Pienso en aquella preciosa muchacha de largas trenzas rubias, linda como una rosa en capullo, que vi un día en el manicomio; era fresca, coqueta, encantadora.

—¿Por qué está aquí? — pregunté a uno de los practicantes que me acompañaba en mi visita.

— Su padre la ha puesto en curación; no puede asistir en su casa; es una loca impulsiva — me contestó.

— Y su madre, ¿cómo no ha protestado? — No tiene madre; el señor B. se ha vuelto a casar; la niña hacía imposible la vida del hogar; odia a su madrastra.

— ¡Ah, por eso!... ¿Podría yo hablar con ella?

— Sí, señora. Blanquita, esta señora desea conocerla.

Se acercó a mí la niña con aire risueño, enseñando una doble hilera de dientes preciosos en la boquita más roja y más fresca que jamás he visto; me tendió su mano blanca y bien cuidada. Iba sencillamente vestida, pero con notable elegancia.

Después de breves palabras de saludo, me dijo:

— Aunque parece increíble, señora, yo no estoy loca ni lo he estado nunca. Tengo el carácter un poco vivo y no he querido dejarme dominar por mi madrastra; esa es toda mi locura; por eso estoy en esta casa... ¡Señora, por Dios, tenga compasión de mí! Soy una criatura sana y buena, y una mala mujer me tiene encerrada... A mí me gusta ir al teatro, ir a Palermo, bailar, ¡gozar de la vida! Soy rica, mi madre me dejó una gran fortuna; pero todo es poco para mi madrastra; mi padre era pobre cuando se casó con mamá; después perdió en malos negocios la herencia que mi madre le dejó. El dinero que hay en casa es mío, mío... Y para disfrutarlo ellos mejor, ¡me han encerrado aquí! ¡Tengo diez y siete años! ¡Por Dios, señora, tenga compasión de mí!...

Y estalló en un llanto desesperado. Primero sonriente, después llorando con profundo desconsuelo, se veía siempre la niña mimada, la niña frívola; pero nada en ella denotaba ausencia de la razón.

Con el propósito firme de obtenerlo, le prometí hacer cuanto de mí dependiera para salvarla; pero era por demás difícil la tarea a que mi promesa me obligaba.

Nada pude obtener; el padre, hombre adusto y dominante, no quiso oír una palabra de los razonamientos preparados por mí para ablandar su corazón.

— ¿Quién le ha dado a usted, señora, derecho para meterse en mis asuntos privados?

— La caridad cristiana, señor B. — fué mi respuesta.

— Pues empléela usted en cosas de mejor resultado. Mi hija está loca; los mejores médicos de Buenos Aires la han visto en ataques horribles; ha querido matar a mi esposa; me ha llamado a mí ladrón... una vergüenza y un escándalo. Hago por ella lo único que puedo hacer. He dado orden en el manicomio para que la lleve su enfermera a pasear en coche cuando pasa unos días tranquila.

Tiene los vestidos que desea; los libros que pide. No tiene, pues, de que quejarse; y la intervención de usted, a más de enojosa, es inútil.

Y levantándose de su asiento, me indicó que había terminado mi visita.

Salí de allí completamente descorazonada. Sin embargo, seguí ocupándome de la pobrecita Blanca.

Supe que para internarla en el manicomio se había hecho un largo y traidor trabajo de irritación, hostigando durante días y días la paciencia de aquella criatura.

Mimada hasta los quince años, complacida en sus menores caprichos, Blanca se había criado en una atmósfera de cariño y de condescendencia que cesó bruscamente con la muerte de su madre.

Poco más de un año permaneció viudo su padre; y la segunda mujer, joven y ambiciosa, entró en su nueva casa como en país conquistado. Blanca no se sometió a la autoridad que sobre ella quería ejercer su madrastra, quien hasta pretendió ponerla en un colegio para librarse de ella. Iniciadas así las hostilidades, día llegó en que la niña, caprichosa y mimada, se rebelara abiertamente e increpara a su madrastra y a su padre que no veía los indignos manejos de la intrusa, cegada su conciencia por el nuevo amor. Aquella mujer (Dios la haya perdonado, murió hace algún tiempo), decidida a gozar sola y a gusto de la fortuna tan codiciada, exacerbó hasta el delirio la rebelión de la hijastra, y en este punto requirió la presencia de los especialistas. Así la ira y el odio hicieron las veces de la locura, y así perdió su libertad y mató su juventud la pobrecita Blanca.

No hay justicia para semejantes delitos. Blanca estaba condenada a la muerte moral, la más horrible de todas las muertes.

No tuve valor de volver a ver a Blanca; no quise darle el supremo dolor de la absoluta desesperanza. Le escribí una cariñosa carta, diciéndole que negocios urgentes me obligaban a ausentarme de Buenos Aires; que a mi regreso la vería y la tendría al corriente de mis gestiones en su favor.

¡Pobrecita! ¿Creyó en mi promesa? ¿Esperó aquella salvación que yo le había prometido?...

Sumergida en aquel espantoso caos de razones extraviadas, ¿cuánto tiempo resistió su cerebro de niña el ambiente desconcertante del manicomio y la batalla angustiosa de sus sentimientos?

Doce años después, la casualidad quiso que volviese yo a hacer una visita al manicomio.

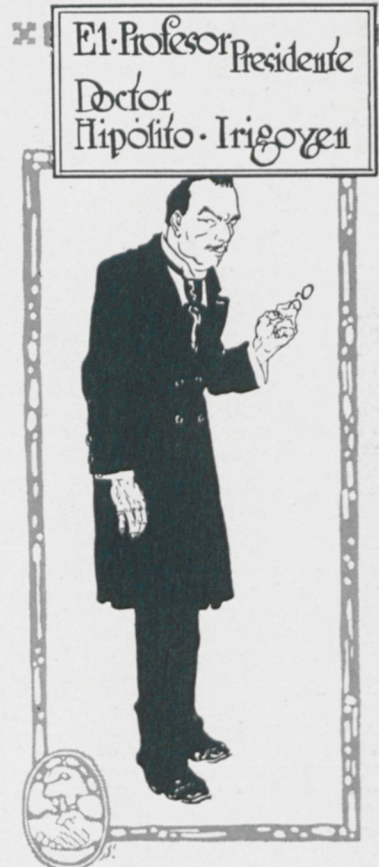
El recuerdo de la infeliz niña, tan fresca, tan linda, por cuya suerte me había interesado un momento, se despertó nuevamente en mí. Pregunté por ella, y solicitó verla... No la reconocí. Habían pasado doce años. ¡Doce años! Blanca debía tener entonces veintinueve!... La sinventura era una vieja encorvada, macilenta, con los ojos sin luz, la boca ajada y violácea, ¡sin un solo diente!

Aquellos ojos vivaces y brillantes, aquella boca de flor, aquellos dientes menudos y blancos, ¿dónde estaban?

Me miró con una mirada que venía de muy lejos, con una mirada que no veía... no me reconoció.

¡Dios ha tenido piedad de ella, más piedad que su padre, más piedad que los que la vimos sufrir y no pudimos o no supimos librarla!...

Bethlem amiga, triste amiga desconocida. Ese fué un dolor sin compensación ninguna... Nosotros sufrimos, pero vemos contentos, felices a nuestros hijos. ¿Qué mayor felicidad?



En este momento psicológico de nuestra historia en que tal vez se acerca el reconocimiento a la acción de la mujer, por una de esas coincidencias del tiempo, de la votación de los hombres y, sobre todo, de la educación de los pueblos para llenar la misión del civismo que proclamó en la República la libertad como principio, causa y fin de todo lo andado en la centuria que recién celebramos, un hombre nuevo en las esferas del mando ha ascendido al puesto de primer mandatario de la Nación, el mismo que se revelaba como un gran patriota cuando llenaba su misión de catedrático eximio de Moral e Instrucción Cívica durante años en la escuela que ha formado el núcleo inicial y fuerte del normalismo argentino femenino.

Serán sus enseñanzas, sus luces, su ejemplo los que han vibrado en el alma de la escuela argentina, dirigida por esa fuerza cimentada a su sombra, para que tanto haya prosperado y dado sin dirección y sin estímulo superiores, guiadas tan solo las maestras, por la consignas del deber que de tantos santos labios aprendieron. Puede que sea cierto entre la duda y la verdad este juicio verosímil.

Las cruzadas de esa escuela tal vez cumplieron la consigna de Profesor - Presidente: «Obrar siempre con la razón serena y detestar la mentira en cualquier forma». Era su evangelio que inculcó en muchas de sus discípulas.

Con esa fe inquebrantable del que sabe, enseñaba su materia orientando el conocimiento práctico y austero que imponen las normas de nuestro derecho político, se estudiaba en fuentes sanas, en los libros de Derecho de Estrada, conferencias de Montes de Oca y otros, y luego con el bagaje adquirido exponía la alumna que se hallaba mejor preparada, sometido el punto de es-

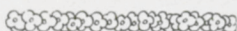
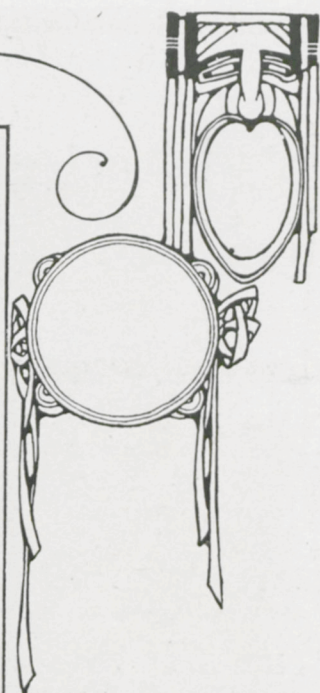
tudio a juicio general con las ampliaciones que otras alumnas podían aportar a la controversia de la crítica, después de azuzado el criterio particular de cada una, cuando llegaba el momento álgido en que cada una juzgaba o prejuizgaba, según su reflexión y alcances; empezaba a encarrilar las ideas, dar los conocimientos, acentuar los procedimientos y sentarlos con la comparación y comprobación, aquel profesor de gallarda apostura, de trato afable y cultísimo, que dominaba e imponía por la persuasión y la amenidad de las formas de expresión y de maneras, que jamás infringió ningún castigo, que llevaba sus alumnas al terreno de los hechos sin violencia, sin afectación, con frase galana, persuasiva y atrayente, que enseñaba a estudiar, a saber, a pensar y venerar las acciones heroicas de nuestros antepasados y legistas, despertando gusto por la ciencia del derecho en el espíritu de la mujer. Por esa enseñanza, por el estudio en esa forma no ha habido maestra de aquella escuela egresada que ignorara en qué consiste la ciudadanía y la nacionalidad, la constitución de los tres poderes del estado, sus atribuciones propias y comunes, las condiciones requeridas para la elegibilidad de los diputados-senadores, la forma de la elección cuando es y debe ser directa o indirecta, los derechos civiles y políticos, el estudio y comentario de los principales artículos de la Constitución, el Poder Judicial como contralor de las leyes, la idoneidad como base de todo ascenso y honores y abreviando adquiriera un conocimiento pleno de las condiciones que deben reunir los ciudadanos que se eligen para Presidente y Vice de la República, efectuando en forma práctica el procedimiento que se sigue en la elección, bien sabio y bien prescripto por nuestra carta fundamental, si el

vicio y el fraude no hubiera requerido su reglamentación por ley. ¡Oh! no ignorábamos que para consagrar el voto del pueblo, se abren los registros electorales de todas las provincias y de la Capital dos meses antes de terminar el Presidente y Vice cesantes su mandato, por el Congreso en sus dos cámaras constituidas en Asamblea por una circunstancia constitucional que se confiere un solo día y termina en ese mismo día, no existiendo después de este Presidente de Asamblea. ¿No habrá sido tal vez por este precepto constitucional que el doctor Irigoyen, sabio profesor de la materia, demorara la contestación de la comunicación de su designación para el cargo de Presidente electo de la Nación, al Presidente del Senado, ya que el Presidente de la Asamblea dejó de existir el mismo día que el Congreso en cumplimiento de la disposición de la ley de las leyes lo ungió en tal cargo? ¡Quién sabe! Serán estas sutilezas que descubre una ex discípula que hace veintisiete años que no volvió a ver jamás a su antiguo ex profesor, hoy Presidente, a quien siguiendo sus modalidades no ha saludado aún, porque teme y detesta el adulto, pero ama la verdad y la levanta, cuando cree que primero está la Patria que se salva por la confianza que inspira un gran hombre, que si gobierna como enseñó, se revelará un gran apóstol de la Constitución y del pueblo, y ese, es mi ex Profesor - Presidente!



NUESTRAS ACTRICES

Lola Membrives



Es indudable que Lola Membrives, tiple hasta hace poco tiempo del género chico español, es la más querida de las actrices de ese género que han pisado nuestros escenarios.

Como actriz, es, además, la que más condiciones reúne para ocupar un primer puesto, por ser de las pocas, quizá de las únicas, que se enteran de lo que interpretan y no salen a escena repitiendo como loros su papel, sin darse cuenta de lo que dicen ni de lo que hacen.

Desde que la empresa Rey, Lozada y Cia. llevó a la Opera la compañía de género chico que dirige el popular actor Rogelio Juárez, y fué transformándola poco a poco en compañía de verso, Lola Membrives ha puesto de relieve sus condiciones de excelente actriz de comedia, y el público va hoy «a verla» como «va a ver a Parra», como «va a ver a Caseaux» y «va a ver a La Rico».

Lola Membrives tiene ya su público, y su público es hoy casi todo el Buenos Aires que va al teatro.

Siempre se ha dudado de que Lola Membrives fuese argentina, llegándose a decir que era una simple picardía de actriz para explotar el sentimiento patriótico del público.

Nada más injusto. Lola Membrives es argentina, porteña, nació en Buenos Aires en la calle Defensa, en mil ochocientos... pero no seamos indiscretos. Casada con el barítono Juan Reforzo, tiene dos hijos: Lolita y Juanito.

A los ocho años ya se despertaron en ella irresistibles aficiones al teatro, y en lugar de jugar como otras niñas de su edad, con muñecas y cocinitas, Lolita hacía teatros de cartón y actores de papel, realizando ante sus amigas representaciones de obras, producto también de su ingenio, en las que demostraba mucho más sentido de actriz que el que demuestran hoy en el género chico la generalidad de las tiples cómicas. A los 14 años se presentó en el teatro de la Comedia y el público empezó a descubrir en aquella niña que hacía papelitos sin importancia, un temperamento artístico que hoy está en pleno florecimiento. Sus primeros sueldos no pasaron de ciento cincuenta pesos, hoy... sin duda cualquiera de los Ministros cambiaría su sueldo por el de ella.

El primer empresario de Lola Membrives fué el célebre Valentín Garrido, aquel empresario que con



DOLORES MEMBRIVES DE REFORZO.



LA MEMBRIVES ENSAYANDO TONADILLAS EN EL ESCENARIO DE LA ÓPERA.

don Paco Pastor compartió la gloria de presentaren Buenos Aires muchos artistas que luego han sido «eminentes» y glorias del teatro.

Hablando con Lola Membrives sobre su vida artística, nada puede saberse, nada guarda, nada conserva, y sólo tiene el recuerdo de haber trabajado en el Apolo, de Madrid; en El Dorado, de Barcelona; en el Principal y Ruzafa, de Valencia; Comedia, del Rosario; Politeama y Cibils, de Montevideo, y en casi todos los teatros de Buenos Aires.

Su mayor triunfo artístico ha sido, hasta hoy, la interpretación de «La Pasión», admirable comedia de Martínez Sierra, que le valió en Buenos Aires un franco éxito, marcando, puede decirse, la nueva ruta artística de esta genial actriz.

— No volveré al género chico, — dice Lola Membrives, — al menos ese es mi deseo. Algunos opinan que el género chico está en la agonía, yo creo que ha muerto definitivamente. Ya lo ve usted, las obras que ahora se escriben y que el público aplaude en su mayor parte son revistas, y francamente, para salir a escena en una de esas obras haciendo «El vino blanco» y cantar un número, o «Castañuela II» y cantar otro numerito, créame usted que prefiero cantar tonadillas y hacer comedias.

En los últimos tiempos, la labor teatral de Lola Membrives ha sido enorme, tanto en la Comedia como en la Opera, interpretando tipos de todas clases en una fantástica sucesión de obras, verdadero vértigo de estrenar que atacó a sus empresarios. Hubo noches en que tocó todos los géneros: sainete, revista, comedia y drama, y para final, como si lo hecho no bastase a demostrar su gran temperamento artístico, cantaba tonadillas creando «la tonadilla criolla», que hoy han salido copiándole todas las profesionales del género.

EL DOCTOR MISTERIO.



CUADRO DE COSTUMBRES
"LA NIÑA PRODIGIO"

DIBUJO DE SIRIO.





EL NUEVO ENVASE PORRÓN PARA ACEITE DE OLIVA

(PATENTE EXCLUSIVA DE LA CASA JOSÉ BAU)

EL ACEITE ESTÁ ENCERRADO EXENTO
DE AIRE.-CADA PORRÓN ESTÁ LLENO
POR COMPLETO DE ACEITE.

HIGIENE Y ECONOMÍA

Significa una evolución importantísima en beneficio de los consumidores de aceite fino de oliva, la creación de este nuevo envase (Porrón) que resuelve de golpe las dificultades y deficiencias que todos encuentran en los envases más o menos cuadrados.

LA ECONOMÍA E HIGIENE DEL ACEITE ENVASADO EN PORRONES, en vez de en latas comunes, fácilmente se demuestra:

Las latas comunes, por el hecho de no terminar en cúspide, no pueden ser llenadas, haciendo el vacío de aire; contienen, por lo tanto, aceite en contacto con aire encerrado.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, no pueden vaciarse completamente, siempre queda un gran desperdicio de aceite en el ángulo correspondiente al orificio practicado para abrir la lata.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, contaminan el aceite así que se abren, porque la superficie es plana y caen sobre ella materias extrañas (en la cocina o en la despensa), y cuando se sirve el aceite, se contamina más o menos con dichas impurezas.

Hasta el aceite de botellas ofrece la desventaja de que la persona que toca el tapón con las manos o que lo deja impropriadamente en cualquier parte, al meterlo para tapar la botella, contamina la parte interior por donde tiene que pasar después el líquido.

CON EL TAPON PATENTADO DEL PORRON BAU, se garantiza la pureza del aceite hasta la última gota de su contenido, por cuanto no se puede meter la tapa dentro del gollete: lo cubre externamente (tapa por afuera).

NO SE ENCIERRA AIRE Y ACEITE DENTRO de los porrones, porque cada envase se llena íntegramente y se cierra después de practicado el vacío. La enorme ventaja de aislar el aceite del aire, es el fundamento más esencial de este invento de la casa Bau.

NO QUEDA UNA SOLA GOTTA DE ACEITE EN LOS PORRONES VACÍOS, porque, rematando en cúpula cada envase, se desliza hacia ella hasta la última gota de aceite.

NI EL HOLLIN, NI EL POLVO, ningún cuerpo extraño, ninguna impureza puede entrar en los porrones de aceite Bau, porque resbalarían por la cúspide y por la parte de afuera de la tapa.

NO SE CHORREA ACEITE, no se pierde aceite como en las latas comunes, porque, gracias a la disposición de la cúspide del porrón y de su boca, el aceite sale sin correrse y sin derramar.

PÍDANSE PROSPECTOS EXPLICATIVOS.

NO SE HA AUMENTADO EL PRECIO.

El costo de cada porrón vacío, es igual al costo de la lata común y, por lo tanto, la casa José Bau entrega el aceite en porrones a exclusivo beneficio de los señores consumidores, sin el menor aumento de precio.

DE VENTA EN TODA LA REPÚBLICA. PÍDASE POR SU NOMBRE: "PORRON BAU".

Agencia del aceite "Bau", en Buenos Aires

Freixas, Urquijo y Cía. - B. Mitre, 1411

LA BANDA DE MÚSICA

Tranquilos y felices vivían los vecinos de Cuentoleofú, entregados a las labores propias de su sexo y distrayendo sus ocios nocturnos con jugadas de lotería de cartones, cuando apareció en los diarios de la metrópoli el siguiente telegrama:

en los rotativos de la Capital Federal, estallaron de indignación; ellos no podían tolerar que hubiera un pueblo en la misma línea ferroviaria, y menos vecino, que metiera más ruido que ellos; así, que para protestar del caso, se constituyó espontáneamente una comisión con el lector y oyentes del telegrama, que se dirigió a la intendencia.

Don Samuel Gándara, que era quien manejaba la comuna cuentoleofucense, los vio llegar sin inmutarse; sabía que las arcas municipales estaban vacías, y que los dos vigilantes

—¡Apoyado! — y se apoyaron sobre los muebles.
—Es el caso, don Samuel, que en Sonsolanquen tienen banda de música... Y ese progreso no lo hemos alcanzado nosotros. La comuna ya debía haber dispuesto de unos pesos para que en Cuentoleofú disfrutásemos de los aires musicales.

—¡Cómo no, amigo; cómo no! Pero es el caso que las arcas municipales están sin medio. Ustedes saben que he gastado mucha plata en saneamiento y en enfiarlar las calles...



« Sonsolanquen, agosto 15. — Todo un éxito resultó el debut de la banda de música costeada por subscripción popular. El repertorio que hizo oír en la plaza del pueblo, tanto clásico como moderno, fué muy aplaudido por la concurrencia, así como el discurso que, con motivo de su inauguración, pronunció el intendente, don Tolomeo Tijeretas. »

Al leer tales noticias, los cuentoleofucenses, y publicadas

que cuidaban de la tranquilidad pública, le respondían como un solo hombre.

— ¿Qué les trae por aquí, amigos? — dijo don Samuel, tirándose de la pera y afianzando su tirador, dejando a la vista un pistolón de calibre inquietante.

Hubo un silencio que puso de relieve el respeto que todos le tenían; pero, a poco, se adelantó como un héroe el peluquero, diciendo:

— ¿No ha leído los diarios, don Samuel?

— No, amigo; yo no me pierdo el tiempo en pavadas.

— Pues en los de hoy, hay una noticia que le interesa... — y más fuerte, con la dignidad del hombre ofendido en lo más íntimo, dijo: — ¡que nos interesa a todos!

Los acompañantes asintieron con la cabeza y cambiaron de postura para no cansarse.

Don Samuel, sin dar importancia al asunto, contestó displicentemente:

— Si, se tratará de los concretos de siempre. Que si me como el pasto, que si en unión del comisario hago de antro-pófago con los vigilantes... y de bueyes perdidos y encontrados en mi chacra.

Y el peluquero, en tono del que ha perdido un miembro, bien suyo o de la familia, gritó congestionado:

— La noticia de hoy nos afeita a todos por igual.

— ¿Nos afeita?... — Nos afeita, señor Samuel, nos afeita...

Y los acompañantes, para demostrar que habían ido allí para algo, rectificaron con el socorrido monosílabo: ¡sí, sí!

— ¿Y qué es ello?... — A ver... Que hable uno sólo, para que nos entendamos.

— Yo hablaré, si mis colegas de comisión no se oponen.

Y los colegas, comprendiendo intuitivamente que la lata iba a ser larga, contestaron:

— ¿Y qué podríamos hacer entonces?

Don Samuel, después de mirar a todas partes como buscando una idea, pronunció estas palabras alentadoras:

— ¡Yo estoy pronto a ayudarles en todo!

— ¡Viva el Intendente! — gritó frenético el peluquero, y el viva hizo eco en los acompañantes.

— Lo pertinente en este caso, — continuó don Samuel, envanecido por el viva, — es nombrar una comisión pro banda, compuesta de damas y caballeros... para hacernos de fondos, organizaremos rifas, carreras y subscripciones, y dado el patriotismo de los cuentoleofucenses, estoy seguro de que en breve tendremos plata para comprar, no digo yo instrumentos, hasta músicos si llega el caso.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien!

— Por lo pronto, creo oportuno que se entrevisten ustedes con esos mozos que salen a meter ruido de noche, a pretexto de serenatas, y que a don Gaetano, que es el único que toca el acordeón por música, le propongan el puesto de maestro...

— Si; así se hará...

— Yo aseguro a ustedes, y soy hombre de palabra, que dentro de poco los de Sonsolanquen nos van a oír!... Nuestra banda tendrá más instrumentos que la suya, y nuestros músicos más aguante.

— ¡Viva nuestro Intendente! — gritó el peluquero; — los acompañantes corearon el viva, y despidiéndose de don Samuel, se pusieron a recorrer el pueblo para constituir definitivamente la comisión pro banda.

El sol brillaba en toda su plenitud. En la plaza se había dado cita cuanto Cuentoleofú tiene de más saliente. Las niñas lucían sus trajes domingueros, los hombres habían sacado para el caso la indumentaria de los días festivos. Algunos jaquets no se avergonzaban de verse en exhibición. El Intendente se destacaba en el centro, con un rollo amenazador en la mano; don Gaetano y los suyos, subidos sobre un improvisado patibulo, mostraban los flamantes instrumentos que brillaban al sol de tal modo, que obligaban a cerrar los ojos.

Un aplauso estruendoso, que ya lo quisieran muchos debutantes, se hizo oír. Las damas y señoritas sabían las sonrisas que habían tenido que derrochar para hacerse de aquellos instrumentos, y los caballeros los pesos que tales sonrisas les habían costado, pero todos rebosaban de orgullo. Cuentoleofú tenía banda ¡y con dos instrumentos más que la de Sonsolanquen!

Don Samuel habló, no sin que se atravesaran varias palabras de las que el secretario había incubado en el discurso; pero nadie le oía, todos estaban impacientes por escuchar los aires musicales; pero como todo tiene fin en este mundo, el discurso del Intendente también.

Don Gaetano apenas terminó, se embocó el clarinete, y dando la patadita clásica, hizo romper a la banda en una algarabía de sonidos, que los wagnerianos decían que era de Lohengrin, y los rosinianos del Barbero.

Al terminar, una salva de aplausos atruenó el espacio; el público no pudo contener su admiración y subió al tablado para abrazar a don Gaetano y a los músicos.

Y la banda siguió durante dos horas resoplando en aquellos instrumentos y aturdiendo los oídos cuentoleofucenses con un entusiasmo loco. Los músicos hacían dar a sus instrumentos el máximo, con la esperanza de que a Sonsolanquen llegaran los ruidos producidos por la banda.

DIBUJO DE CENTURIÓN.

Jabón

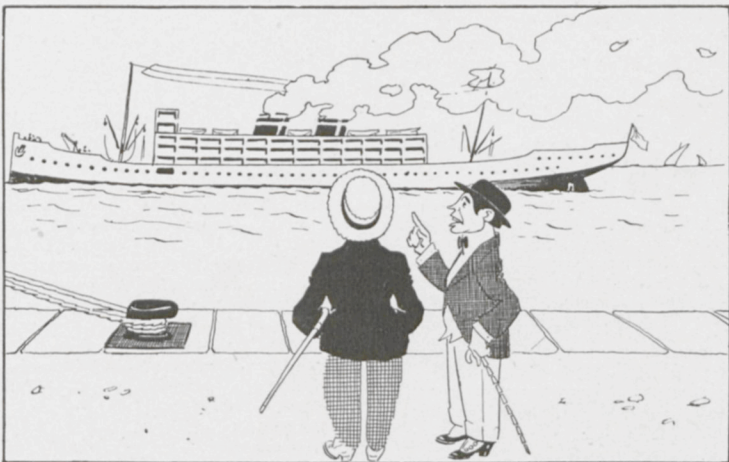
TINKAL

de fama universal

Es
inconfundible por
su exquisita fragancia y por
sus notables cualidades para conservar
y embellecer el cutis.

PRUÉBELO VD.

RECORTES



— Mira que barco más hermoso; tiene tres años de botado al agua.
— Pues cuando tenga quince no podrá entrar en la dársena.



— ¿Le lustro la pelada, señor?



— Señora, que feo es ese orangután.
— Fíjese y no insulte. ¿No ve usted que ese es mi marido que está limpiando la jaula?



CREMA NORIS

LA MEJOR CREMA DEL MUNDO

Elaborada con sustancias exclusivamente higiénicas y de primera calidad, con absoluta eliminación de toda clase de óxidos y albayalde, como lo comprueban los certificados en mi poder, y que están a disposición del público.

Doctores F. A. Justo y G. A. Schaefer, Profesores de Higiene y de Química en la Universidad Nacional de Buenos Aires. — Doctor H. Riganti, del Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene. — Doctor Emilio A. Flores, Químico y Profesor de la Universidad de Buenos Aires. — Doctor Higinio Rossi, Químico del Ministerio de Agricultura. — Doctor José Crippa, Doctor en Química. — Doctor J. Ruppoli, Médico Cirujano. — Doctor Jerónimo Gandolfo, Médico Cirujano.

Además, para mayor seguridad pagaremos francos 500.000. a quien compruebe que en la fabricación de la CREMA entran materias declaradas o reconocidas como nocivas al cutis y a la salud.

Aplicada una sola vez al día la CREMA NORIS conserva el cutis por más de 12 horas de un tono blanco natural y aterciopelado. A pedido, mandaremos gratuitamente empleadas para hacer una aplicación.

Administración y Depósito General: Esmeralda, 264 - Bs. Aires. Escritorio N.º 1 U. T., 2260 (Libertad)



GATOS DE ANGORA

SANGRE PURA, BLANCOS Y DE COLOR

EN VENTA:

"VILLA EXCELSIOR"

CALLE JURAMENTO, 5148

VILLA URQUIZA (CAPITAL)



La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para señoras y niños. Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 »).....	» 6.— »
Año (12 »).....	» 11.— »
Número suelto.....	» 1.— »

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



Muebles

norteamericanos para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestibulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

La inmensa sala se encuentra llena de una muchedumbre ruidosa. A la cruda luz de los focos eléctricos, se ve el habitual cuadro de las reuniones de boxa: un hormiguero de cabezas, un tumulto de conversaciones. En las primeras gradas, alrededor del ring, la viva blancura de las almidonadas pecheras y los destellos de las alhajas hacen parecer más apartadas y sombrías las masas humanas que se amontonan en las galerías, en los pasillos, llegando casi a la bóveda donde se cierne una bruma ligera.

El tablado cuadrangular que se levanta en el centro de la sala, rodeado por sus barreras de cuerda, parece minúsculo en medio de la multitud. Esta se impacienta; pero cuando aparecen los dos primeros combatientes de la reunión, cuando surgen sus torsos desnudos donde se dibuja la musculatura, un repentino silencio reemplaza a la algarabía.

La batalla se prolonga, se termina acrecentando la emoción de la muchedumbre. Después de un largo entreacto comienza un segundo duelo. Los minutos se deslizan lentamente, medidos por los golpes sordos que hacen resonar las carnes, y por los rumores apasionados y por los aplausos.

Durante ese tiempo, en un rincón del vestuario un joven se enerva esperando. Llámase Pablo Moser y debe disputar el tercer encuentro a un boxeador negro, Sam O'Keary, que no ha sido vencido desde su llegada a Francia y cuyo prestigio es enorme.

Pablo Moser es todavía un desconocido para el público. Hijo de padres ricos, desocupado, boxeo primero por gusto; algunos triunfos conseguidos le embriagaron después, y provocó a profesionales de segundo orden, los venció y, en fin, la víspera había aceptado reemplazar ante el temible Sam O'Keary a un campeón repentinamente enfermo.

Ahora siente su temeridad. Los anteriores adversarios le parecen despreciables junto a la brutal pujanza que ha de afrontar. O'Keary, apesar de su apellido irlandés, es un negro de pura raza, de largos y musculosos brazos, de rostro fiato y bestial. Pablo piensa en las victorias aplastadoras que Sam alcanzó sobre atletas famosos. ¿Qué podía hacer el joven frente a tal adversario? Le costaba trabajo resistirse al desfallecimiento, acordarse de su propia fuerza. El bien sabía que iba a ser vencido.

¿Qué necesidad tuvo de lanzarse en tan loca aventura? Ayer aún confiaba; pero la noche febril ha hecho desvanecer toda esperanza. En aquel instante está seguro de la derrota, y la anticipada certeza le paraliza. Tiene la lengua seca y las sienes le laten fuertemente. Cree ver el golpe que le abatirá, —ese duro «crochet» en la mandíbula que ya ha adormecido tantos campeones y que va a castigar su presuntuoso atrevimiento.

El joven se levanta y da algunos pasos para engañar su enervamiento. Bajo el peñador de muletón viste traje de lucha.

La puerta de la habitación donde se arregla Sam está todavía cerrada. ¡Qué tarde es en prepararse, Dios mío!

Varias personas atraviesan el vestuario. Algunos camaradas rodean a Pablo, dándole consejos que no oye, mientras delante de la puerta de Sam unos entrenadores negros enseñan sus blancos dientes, dirigiendo crueles sonrisas a Moser.

Transcurre aún otro cuarto de hora. Esta espera acaba de desmoralizar al joven. En vano uno de sus amigos trata de reconfortarle:

—¡Vamos, Pablo; no te emociones de ese modo! Tú vales mucho más que ese moreno... Vas a hacerle caer, Pablito; te digo que le vas a hacer caer...

—¡Pardiez! —dice, detrás de Pablo, una voz burlona —con el dinero que tiene su padre no es difícil...

La frase se interrumpe. Pablo vuelve el rostro bruscamente hacia el que acaba de hablar. Es un hombrecito escuálido y encanizado, sin sombrero, uno de los empleados de la sala; sonríe con aire burlón.

—¿Qué es lo que dices? —gruñe Moser.

—Nada, nada —contesta el hombrecito, apartándose rápidamente. — Es una broma.

Pablo, furioso, levanta la mano sobre el burlón; pero sus amigos le sujetan...

Vamos, es necesario no tomar en serio semejantes calumnias. No porque tu padre tenga rentas se van a sospechar de tí cosas desleales. Se conoce demasiado a Pablo.

El joven boxeador se calma y se encoge de hombros. Mas la frase del hombrecito burlón le persigue, le acosa... «Con el dinero que tiene su padre no es difícil...» ¡Qué infamia...! Luego, si por acaso Pablo triunfa, he aquí que en la sala se dirá: «El dinero del padre...»

Y, a propósito, ¿dónde está el señor Moser? ¿Por qué permanece en la sala en vez de venir a animar a su hijo? Esta ausencia inquieta a Pablo. Pero de repente divisa la silueta que él busca. Elegante, sonriente, con su impecable galera de felpa y un rubí en la corbata, se aproxima el padre del boxeador.

El segundo encuentro ha terminado. El rumor de la muchedumbre llega por bocanadas. El señor Moser estrecha las manos de su hijo.

—Vamos, chiquilín; trata de sostener el honor del apellido...

UN COMBATE

Mas su buen humor parece ficticio cuando exclama:

—Es necesario que admire a tu adversario antes de que tú le deshagas...

Vuelve las espaldas y se encamina al gabinete de Sam; empuja la puerta y desaparece. Pablo le sigue con la mirada, atontado. ¿Qué va a hacer su padre en aquel gabinete? ¿Qué va a hacer, Dios mío?

El joven repite la frasecilla pérdida que oyó hace poco. Y, bruscamente, comprende... Pardiez, el señor Moser conoce demasiado a O'Keary, la reputación de venalidad del negro, para no haber pensado en ello... El señor Moser es archimillonario y desea apasionadamente la victoria de su hijo.



Pablo siente que se le enrojecen las mejillas como si hubiera recibido una bofetada. Después le invade un pensamiento ruín, mezcla de gozo y de melancolía; y, encogiéndose nuevamente de hombros, murmura:

—¡Bah, después de todo, eso es mejor!...

Pasaron cinco minutos. El señor Moser se eternizaba detrás de aquella puerta cerrada. Al fin reapareció, siempre sonriendo, impenetrable. Detrás de él surgió la elevada figura del atleta negro.

El aspecto de Sam es terrible; y cuando los dos boxeadores, tras los preparativos de la lucha, el atar de los guantes y las advertencias del árbitro, se encontraron frente a frente sobre el tablado, Pablo examinó aquellos músculos que se arrollaban bajo la piel negra, aquellos labios aplastados,

aquella enorme mandíbula de bruto, aquellos hombros macizos. El torso armonioso del blanco parecía frágil junto aquel mastodonte. Moser pensaba en la aprensión que tendría si no supiera lo que sabe. Porque las últimas palabras de su padre confirmaron aún más su certidumbre: «¡Animo, Pablo; estoy seguro de tu victoria... Pardiez!»

El joven recobra con esto su calma de hermoso combatiente. Sabe que el negro va a salvar las apariencias, simulando una lucha encarnizada... Se acuerda de luchas análogas de las que él aprendió hacía mucho tiempo los secretos convenios.

El gong resuena. Los dos boxeadores se dan las manos; después sus puños se cierran, se balancean. Sin una finta, bruscamente, el negro acomete y hace tambalear a Pablo. Pero el joven esquiva un segundo ataque, salta y toca duramente el fiato rostro. O'Keary afecta una sonrisa, cuando un nuevo golpe, recibido en una oreja, cambia la sonrisa en una mueca.

Pablo, a su vez, recibe un golpe; pero no se turba. Jamás ha estado con tanta sangre fría. Recibe en sus guantes un doble «crochet» de Sam; va con un directo al mentón, desplegando atrevidamente la fuerza de sus flexibles hombros. No arriesga con esto nada, pues el otro «debe» ser batido. Siéntese elástico, preciso, y mientras golpea a su antagonista, se pregunta:

—¿Cuánto le habrá podido dar él?

«El», es el señor Moser, que desde el público sigue ansiosamente el combate. Pablo no le ve, no ve nada de lo que hay en la sala; solamente ve al atleta negro cuyos largos brazos simiescos guadañan el aire. Los golpes se precipitan, redoblan; Sam se enerva asustado puñadas sin conmover al joven, que para con calma, responde de cerca y busca el punto débil mientras se sorprende de tal encarnizamiento.

—Hace bien su papel, — piensa Pablo; — quiere dejar a salvo su reputación.

El drama de la boxa se prolonga en medio de la muchedumbre que jadea.

Los «rounds» se suceden, interminables, cortados por descansos muy breves. En fin, al décimosexto, Sam se descubre, el otro salta y con todo el peso de su cuerpo da el golpe.

O'Keary, tocado en la boca del estómago, titubea, después se desploma con los brazos en cruz. El juez cuenta el décimo-segundo. Pablo ha ganado.

Con limpio salto franquea las cuerdas mientras la muchedumbre le aclama. Pero la sonrisa de sus labios tumefactos es triste y cuando su padre le felicita, encoge los hombros con aire molesto. ¡Ah, nada de felicitaciones; no vale la pena!

El orgullo de la victoria no turba al señor Moser hasta el punto de que no advierta esa expresión que le asombra. Arrastra a su hijo a un rincón del vestuario, le interroga y, a medida que el boxeador habla, el rostro del señor Moser se torna más serio.

—Pablo: —dice al fin cuando su hijo, balbuceando, termina de hablar, — te juro que te engañas... Solamente por pura curiosidad fui a ver a O'Keary... Te doy mi palabra de que todo lo que piensas no es cierto.

Su voz vibra; trata de persuadir al hijo; va a invocar el testimonio de los entrenadores del mismo Sam. Pero se detiene ante un gesto de protesta.

—Te creo, — exclama Pablo, desconcertado, «convencido». Porque no dudó ni un segundo de la palabra de su padre. Por un misterioso fenómeno, la certidumbre le invade, absoluta, sin que tenga necesidad de otra prueba... ¿Tan poco creía en la fábula novelesca que había imaginado?

La imaginó sin persuadirse completamente, puesto que una palabra fué suficiente para disipar la ilusión. Y, sin embargo, esta ilusión, haciéndole perder el miedo, le había concedido fuerzas para ensanchar su corazón y obtener la victoria. ¿Qué estúpida hipocresía hay en el fondo de toda sugestión, hasta en el fondo de la sugestión más sincera?

—Por eso Sam hacía tan bien su papel, — pensó semisonriendo, en tanto que la verdad se le hacía cada vez más palpable y evidente.

Si; O'Keary ha luchado lealmente, con rabia. La evidencia deslumbra a Pablo, al mismo tiempo que un nuevo orgullo... Ha triunfado en una batalla sincera. El gusto de la sangre que corre de sus encías le parece el brutal y embriagador perfume de la victoria... Se siente fuerte, alegre; quería abrazar a alguien.

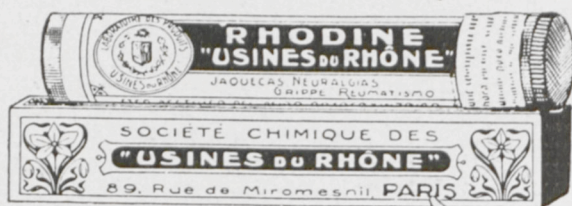
En el grupo que le rodea, un hombre se desliza para aproximarse al campeón. Es el mismo que, por burla, sin reflexionar, ha dicho la frase pérdida de antes, la frasecilla llena de consecuencias: «¡Pardiez, con el dinero que tiene su padre, no es difícil!» Ni siquiera se acuerda el hombrecito; está entusiasmado por la victoria de Moser; se estremece todavía, después de haber pateado de gozo...

Y de pronto se queda atolondrado al ver que el boxeador, que acaba de reconocerle, le tiende la mano murmurando estas palabras que nadie comprende, ni aún el mismo hombrecito:

—¡Gracias, viejo!

LUIS CHAMPEAUX.

Rhodine
Superior al producto Alemán
Unicos comprimidos puros
no manipulados en plaza



Curan sin cansar el estómago:
Grippe-Influenza-Reuma
Dolores de cabeza. Todas las Neuralgias



He ahí las tres palabras que nos protegen contra los estragos de los años. He ahí el lema invariable del gran reedificador del organismo humano de la célebre e insustituible

IPERBIOTINA
MALESCI

Preparación patentada del Establecimiento Químico
Dr. Malesci - Firenze (Italia)

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

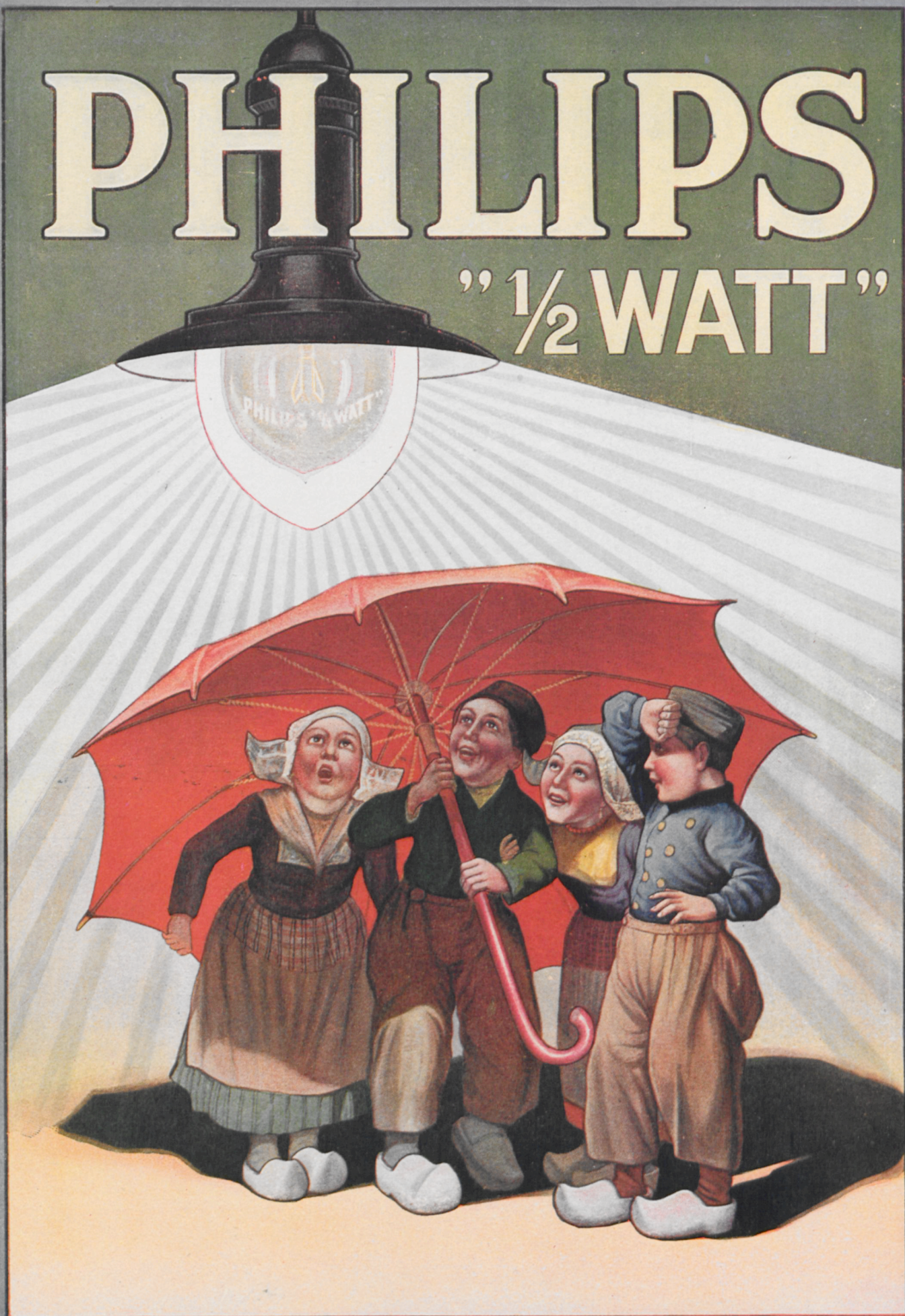
VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO

Unico Concesionario-Importador en la R. Argentina
VIAMONTE, 871 - Buenos Aires

PHILIPS

"1½ WATT"



lámparas eléctricas de alta calidad

UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA & MARZONI - BUENOS AIRES

*Stays
Ultra*

